

BOULEVARD BRUGUERA

PUNTO

ROJO

LA CLAVE

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

LA CLAVE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 558

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 49.135 - 1972

ISBN: 84-02-41663-2

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1973

© VIC LOGAN, 1973
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1973
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.163. —Casualidad.

En Colección PUNTO ROJO:

556. —Tráfico alucinante.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. —El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

864. —Un largo viaje para morir.

En Colección KANSAS:

741.— Cuatro para un rescate.

En Colección BRAVO OESTE:

584. —Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798. —En legítima defensa.

En Colección COLORADO.

766.— Los salvajes de Río Grande.

PRÓLOGO

Febrero de 1945 en un lugar de Berlín.

El profesor Walter Lashell obtenía el alto honor de ser recibido por el Führer.

En realidad en el desespero de Adolf Hitler por salvar una Alemania que él mismo había conducido a la destrucción, aún brillaba la esperanza de un milagro.

Y aquel milagro tenía un nombre: Walter Lashell.

—¿Puede darme buenas noticias, profesor? —preguntó el caudillo de los destinos del tercer Reich.

—Las pruebas son positivas *mein Führer*. Es el arma definitiva —repuso Lashell.

—Bien. No esperaba menos de usted, profesor. Empiece a trabajar ahora mismo. Desde este momento disponga de todo lo que precise. Tendrá usted prioridad absoluta. ¿Cuánto tiempo necesita para tener la primera serie de esas armas?

—Por lo menos... cuatro semanas, *mein Führer*.

—Demasiado tiempo, redúzcalo a la mitad.

—No es posible, *mein Führer*... Haría falta...

—¡Todo lo que haga falta lo tendrá! ¡Dos semanas, ni un día más!

No era posible discutir con aquel hombre, y el profesor asintió aun convencido de que cuatro semanas era el tiempo mínimo que necesitaba para la fabricación de unas armas que el enemigo aún no había soñado en construir...

Desde la destrucción de las fábricas subterráneas de Pennemunde, la aviación aliada y grupos de comandos especializados no habían cesado de volar, sabotear y reducir a

cenizas los distintos emplazamientos donde los nazis construían sus armas más modernas.

La fábrica utilizada por el personal a las órdenes del profesor Lashell fue bombardeada y hubo que volver a empezar cuando el suelo alemán era un campo de cráteres y en las principales ciudades pocas casas quedaban en pie.

Se improvisó otro emplazamiento, pero también tuvo que ser evacuado y el tiempo corría en contra del líder alemán.

Cuando llegaron los últimos días de abril, ninguna fábrica podía funcionar ya.

Se decía que los rasos estaban ya en el Oder y los anglosajones empujaban hacia arriba.

Walter Lashell desapareció, como tantos otros, cuando sólo faltaban escasos días para la capitulación.

Algunos meses más tarde, el siempre repleto *Orient Express* cruzaba por la zona oriental de un mundo en paz, pero dividido.

Los *vopos* procedían al enésimo registro, para revisar una vez más los salvoconductos, pasaportes y demás papeles que se necesitaban para cruzar el territorio.

El profesor Walter Lashell miró a su vecino de asiento. Se conocían ambos aunque durante el trayecto apenas hablaron, sólo en aquella ocasión el científico murmuró:

—Creo que vienen por mí. Lo presiento. Tengo que... confiarle algo, amigo...

—No sea imprudente. No es el momento. ¡Cállese! Yo también corro peligro hasta que no salga de la zona —repuso el hombre que disimulaba su rubia cabellera bajo un estrafalario sombrero, y unas gafas ahumadas desfiguraban ligeramente su rostro ario. Era un individuo de unos treinta y cinco años y con apariencia de haber tenido mando, aunque ahora tenía tanto miedo como el profesor.

El profesor deslizó un sobre que llevaba en el bolsillo de su abrigo y lo dejó en el asiento.

Poco después un oficial de los *vopos*, tras examinar los documentos del científico, con una sonrisa le invitó:

—¡Sígame!

—¿Dónde... dónde me llevan?

—Al lugar que le corresponde, señor. No tema. No le ocurrirá

nada.

El rubio ario del tren vio a través de la ventanilla cómo Lashell, entre dos soldados, se alejaba hacia un edificio próximo a la estación.

Entonces volvió sus ojos hacia el sobre que el profesor le había dejado al lado.

Lanzó un suspiro, al comprobar que los rusos no lo habían advertido y lo guardó en el bolsillo interior de su abrigo.

De Lashell no volvió a saberse más... en muchos años.

Empezaba la época de que el secuestro de científicos era cosa de todos los días.

En submarinos, trenes, aviones, o por cualquier otro medio, docenas de hombres de ciencia fueron llevados unos de buen grado y otros por la fuerza, al otro lado del telón de acero.

Así llegó el año...

1961.

Un viejo de apariencia inofensiva viajaba en la cabina de un camión al lado del chófer.

Detrás, en la caja, iban algunos fardos, debidamente autorizados y precintados, con destino a la zona occidental de Berlín.

Aquel viejo cuyas barbas le habían dado un aspecto distinto al de quince años antes, era el profesor Lashell.

—Desde Rusia y volvemos a Berlín. ¡Casi no puedo creerlo!

—No conocerá Berlín, abuelo —dijo el chófer del camión.

—Las ciudades pueden cambiar en su aspecto externo, pero no en el espíritu. Berlín, siempre será Berlín, aunque esté dividida...

—¿Y por qué demonios le llevaron a Rusia? Bueno... yo soy joven, pero ya sé que entonces ocurrieron muchas cosas. Si no quiere decírmelo... no está obligado.

—Prefiero no comprometerte, hijo. Bastante has hecho llevándome en tu camión.

—¿Cómo ha podido escapar de Rusia? ¿Estaba en el mismo Moscú?

—Sí... ¡Y sólo Dios sabe de dónde he sacado las fuerzas y la suerte que he tenido para llegar hasta aquí! Sólo me falta cruzar la última frontera.

—Me detendré antes y usted se esconderá detrás de los fardos. Yo paso cada dos días y no me dicen nada, pero a usted sí le dirían.

No tiene salvoconducto alguno, y si saben que ha escapado de allí...

El chófer se detuvo en un callejón y el profesor saltó a tierra. Miró en torno suyo. En aquella zona todavía quedaban algunas viejas casas. Las contempló arrobado. Eran ruinas, pero a él debían antojársele palacios.

—Vamos, vamos, de prisa. Al otro lado el panorama es mucho mejor.

El conductor ayudó al viejo a subir a la caja del camión y le indicó los fardos.

Una vez el profesor se acurrucó tras ellos, el vehículo volvió a ponerse en marcha.

Llegaron al paso fronterizo y el conductor tuvo que detenerse.

Frunció el entrecejo al comprobar que no había ninguno de los *vopos* conocidos.

Quisieron mirar la carga y el conductor se comportó con naturalidad.

—Va precintada. Ya viene en la guía —dijo.

Miraron con algunas dudas y cuando parecía que iban a ordenar que el conductor cerrara la caja, uno de ellos subió.

Posiblemente no hubiera visto al profesor, pero un achaque incontenible le descubrió. Fue un simple espasmo. Tos.

Le sacaron.

El profesor no quiso que el joven del camión fuera inculcado y se apresuró a decir:

—El no sabe nada. Me metí en el camión, un momento que paró. Les digo que no sabe nada.

—¡Cállese! —le ordenaron—. ¡Y usted retire el camión del paso, rápido! Luego vendrán los dos.

Otros dos *vopos* estaban a la expectativa con sus metralletas dispuestas. Un oficial se aproximaba.

El profesor vio al joven al volante del camión y en aquel momento posiblemente debió pensar que la vida no vale la pena vivirla sin libertad.

Hizo un tremendo esfuerzo para empujar a uno de sus guardianes.

—¡Huya, muchacho! ¡Huya! —gritó.

Y al mismo tiempo echó a correr por delante del camión.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaron los soldados.

El profesor corría tanto como le permitían sus menguadas fuerzas.

El chófer del camión, antes de acelerar, gritó:

—Suba al estribo. ¡Suba!

Los *vopos* ya no esperaron más. Tenían que cumplir con su deber y accionaron sus metralletas.

Dos neumáticos del camión reventaron, pero el conductor seguía por el puente, acercándose a la policía americana que permanecía a la expectativa, neutral.

—¡Vamos, cójase! —gritó de nuevo el chófer.

Pero el profesor ya no podía y además una bala se le había incrustado en la espalda, pero sacaba de donde podía las fuerzas para no caer, resbaló, tropezó y una nueva bala le derribó ya en tierra de nadie.

Los *vopos* seguían disparando.

Lashell se levantó con un gran esfuerzo.

El chófer había llegado al otro lado y echó a correr para ayudar al viejo.

—¡Venga aquí! —gritó uno de los policías americanos.

Pero el conductor, joven y ágil, consiguió llegar hasta Lashell que se había levantado y se ayudaba a sí mismo.

Eran momentos dramáticos, vividos antes y después de entonces por tantos seres humanos que preferían jugarse la vida para cruzar una línea invisible, trazada por el hombre, a vivir sometidos o en desacuerdo con sus ideales.

Lashell llegó al otro lado.

Inmediatamente una ambulancia lo trasladó a un hospital.

Walter Lashell estaba irremisiblemente condenado. Tenía que morir. Las heridas eran mortales de necesidad, pero aún respiraba, aún le quedaba aliento para revelar su verdadera personalidad.

—Soy el profesor Lashell... ¡Dios mío! ¡Mi invento! Gracias a Dios no se llegó a utilizar...

Los que escuchaban creyeron en principio que deliraba pero no dejaron de prestar atención.

El viejo siguió hablando incoherentemente:

—La Urraca... Mi invento. Está... en La Urraca... El Tambor. Busquen a...

No pudo decir más. Murió.

Los departamentos inglés y americano de servicios secretos analizaron conjuntamente las últimas palabras del profesor Lashell.

A los quince años de terminada la conflagración poseían abundantes datos entre los que no faltaba la personalidad del científico Lashell y su posterior desaparición.

Se supo después algo relacionado con su invento revolucionario en cuestión de armas, pero todo eran vaguedades, informes de terceras personas, palabras cogidas aquí y allá que permitieron abrir un expediente y reconstruir unos hechos puramente hipotéticos.

La posterior localización y muerte de Lashell dio a los agentes pie para reabrir el expediente.

En el lado inglés, donde la cosa estaba más completa, el comandante Stanley se reunió con varios miembros de su departamento para estudiar el asunto.

Una cinta magnetofónica reprodujo una y otra vez las palabras del profesor cuya importancia podía resumirse en tres vocablos:

Invento, Urraca, Tambor...

Invento... Urraca... Tambor...

«—Busquen a...»

¿A quién?

El profesor había querido dar un nombre, pero la muerte llegó antes de que pudiera pronunciarlo.

¿Se sacaría algo en limpio de aquellas palabras?

Los americanos de la

C. I. A.

destacaron a varios hombres para ejercer una misión rutinaria.

Los agentes al servicio de Su Majestad británica desplegaron a los suyos.

Hubo competencia. No obstante fue un inglés el que llegó más lejos.

Un año más tarde, en octubre de 1962, Oliver Reed mandó un mensaje cifrado desde París que decía:

«¿Le gusta la leche, jefe? Pues venga a Place Pigalle, hay una buena lechería».

Era, naturalmente, un mensaje en clave, cuya traducción venía a ser:

«Espero refuerzos en Roma».

Lo que no se comprendía muy bien era lo de la «leche», ya que la clave en realidad era «¿Le gustan los caracoles, jefe?». Eso bastaba para pedir refuerzos. «Place Pigalle» era Roma, y no tenía nada que ver con París.

—Pero sí con los caracoles —dijo el agente Harlan encargado de la jefatura de los refuerzos.

Lo explicaba a los tres subordinados que le habían asignado, añadiendo:

—En los alrededores de la Place Pigalle de París hay un par de restaurantes que sirven unos excelentes *escargots de Marseille*. El mensaje, por tanto, tiene una cierta coherencia... Lo de la leche, o es un error, o tiene algo que ver...

—¡La Urraca y el Tambor! —exclamó uno de los agentes—. ¿No podría tratarse de una lechería?

—Ya habíamos pensado en esto... —sonrió Harlan.

Cuando llegaron a Roma, una vez que el avión les hubiese dejado en Fiumicino, fueron directamente y por separado al hotel donde se hospedaba el agente inglés que había mandado el mensaje desde París, pero al que ya suponían en Roma...

Y estaba en Roma, en efecto.

Estaba muerto.

Lo más espantoso del hallazgo de su cadáver era que en el suelo y con su propia sangre de la herida mortal había escrito un nombre:

FEDOR.

Fedor era un antiguo agente secreto conocido por los servicios de inteligencia de las potencias aliadas.

Naturalmente todos los intentos se encaminaron en buscar a Fedor, pero no dieron resultado.

A Fedor parecía habérsele tragado la tierra.

Así pasaron años y años.

El asunto volvió a quedar archivado. Bueno. Semi archivado porque el comandante Stanley en su despacho de Londres dijo:

—Lo que se desprende de las palabras de Walter Lashell es la

existencia de unos documentos relativos a su descubrimiento, o algo por el estilo que tiene una persona por nosotros desconocida y que —según nuestro agente en París— el tal Fedor está de por medio, en... Roma...

»Señores —prosiguió—. En Roma no hay nada que tenga relación con Urraca, Tambor y leche... Se pensó en una posible lechería o en un establecimiento que tuviera este extraño y curioso nombre, pero no. Ni en Roma, ni en Italia toda existe una cosa con nombre parecido. Por otra parte el posible invento del profesor Lashell a estas alturas es de suponer que haya sido superado. No obstante dedicaremos al asunto el tiempo habitual para los casos inconclusos».

Aquello era casi tanto como abandonar por completo la cuestión.

Tuvieron que pasar once años.

CAPÍTULO PRIMERO

En el aeropuerto londinense de Heathrow, William Laber comprobó la hora y el número de su vuelo con dirección a París.

Laber, hombre de sesenta y tantos años, alto, de aspecto mundano y sonrisa afable, se despidió de su hija.

Con su hija, una deliciosa rubia de sugestiva anatomía, estaba Vincent, su habitual acompañante.

—Sólo estaré fuera un par de días. Cuídate... Bueno, mejor decir, cuídela usted, Vincent. Son casi prometidos...

—Es ella quien tiene que decirlo, señor Laber —sonrió Vincent, muchacho alto, bien cultivado físicamente y con un aspecto cien por cien deportivo.

—Bueno. No puedo entretenerme más. Adiós, hija... Hasta pasado mañana... Vincent.

—Buen viaje, señor.

Laber se dirigió hacia el corredor de salida mientras Vincent, cogiendo del brazo a su hija y marchando en dirección opuesta, dijo:

—Todavía nos da tiempo para ir a mover el esqueleto en el club de Sims...

—Es casi la hora de la cena —objetó ella.

—Tomaremos unos bocadillos en Rock's.

¿No te apetecen unos perros calientes?

—Está bien. ¡Vamos!

La pareja no pudo darse cuenta del hombre que fingía leer el periódico pero que en realidad estuvo pendiente de cada gesto de William Laber.

Laber, por su parte, estaba esperando en el corredor de salida a la pista, cuando por el altavoz sonó su nombre:

—Llaman al señor William Laber. Urgente. Llaman al señor

William Laber. Urgente.

—Disculpe —rogó Laber abriéndose paso.

Preguntó a una azafata del aeropuerto.

—Soy William Laber. Acabo de oír mi nombre.

—¿El teléfono?

—Sí.

—En las cabinas del fondo.

—Gracias.

Al llegar a las cabinas, un empleado le preguntó:

—¿Señor Laber?

—Sí. Yo soy.

—Pase al salón de atrás, por favor. Hablará desde allí.

Laber se dirigió hacia la dependencia indicada. Abrió la puerta y pasó al interior.

El hombre que leía el periódico continuó en el mismo sitio pero con la mirada fija hacia el lugar donde había desaparecido Laber.

Y Laber no tardó ni cinco minutos en reaparecer. Llevaba la misma cartera de mano y el mismo paso firme con el que se dirigió hacia la salida de la pista cuando ya anunciaban el vuelo.

A las seis treinta y cinco despegaba el avión. El hombre del periódico viajaba también en el mismo aparato.

Una azafata pasó con una bandeja de caramelos, una vez los pasajeros obtuvieron la autorización de prescindir de los cinturones.

De Londres a París en reactor es un tiro de piedra. En un instante se cruzan las inconfundibles rocas de Dover para divisar ya la costa francesa.

Es un viaje rápido y cómodo si no surgen accidentes...

Aquel vuelo fue fatal para quienes lo tomaron.

El avión estalló en el aire como una bomba.

Una enorme bola de fuego se produjo en un instante sobre el Atlántico, luego una lluvia de restos candentes mezclados con carne humana se precipitó al Océano para hundirse en él.

Las noticias que difundió aquella misma noche la radio y la televisión, tanto de Francia como de Inglaterra, consternó a ambas naciones.

«Un reactor de la

B. O. A. C.

estalla sobre el Atlántico. Se desconocen las causas de la explosión.

Se teme de que no haya ningún superviviente de entre las ochenta y cuatro personas que iban a bordo, entre pasajeros y tripulantes».

CAPÍTULO II

—¡Dios mío! —exclamó Susan Laber aquella misma noche tras enterarse de la noticia—. Es... es como si lo hubiese presentado.

Vincent, en casa de la muchacha, trató de consolarla.

—¿Cómo podías sentir una cosa así?

—No sé... Mi padre últimamente parecía haber cambiado. Estaba inquieto. El no era muy comunicativo y si le preguntaba algo siempre respondía que todo iba bien, pero yo sé que...

—¿Qué podía pasarle? Tiene... bueno... tenía un magnífico empleo en esa Empresa Internacional. Realizaba viajes frecuentes y estaba considerado como un hombre importante... ¿Qué podía ir mal?

—No era un asunto de trabajo —repuso ella pugnando por contener su llanto.

—¿Qué era, pues?

—No lo sé, Vincent. No lo sé.

—Anda, cálmate...

—Vincent... Mi padre era todo lo que tenía. ¡Dios mío! Nuestra familia debe ser víctima de un maleficio.

—¿Por qué dices esto?

—Ya no conocí a mi madre...

—¿Murió joven?

—Cuando yo tenía un año... Sé que vivíamos en España pero yo casi no me acuerdo. Estuve algún tiempo viviendo con una familia conocida hasta que tuve seis años, entonces papá vino a buscarme.

—¿No vivía tu padre con vosotros?

—Papá estaba fuera. No sé... No sé dónde. Cosas de la guerra. Tuvo que trabajar hasta que logró situarse.

—Pero tú hace poco que estás en Inglaterra.

—Yo nací en Suiza, pero mamá era inglesa y papá quiso que nos nacionalizáramos todos en Inglaterra, era por... su trabajo. Pero

hemos vivido en muchos sitios.

—¿Entonces eres suiza?

—No puedo ser suiza sin que mis padres lo sean. Las leyes de allí no lo permiten. Cuando yo vine al mundo mamá estaba muy delicada y le dijeron que le convenía un clima meridional, el Mediterráneo por ejemplo y ésta fue la razón de que fuéramos a España, y allí murió mamá.

—¿Y luego?

—Ya te lo he dicho. Seis años con una familia amiga, luego, Francia, Italia, Grecia, otra vez Italia y por fin Inglaterra.

—Mi pobre Susan... Estás abatida y es lógico, pero ya no tiene remedio. —Vincent la besó suavemente.

A ella el hablar, el rememorar su agitado pasado le hizo bien y ya más serena se abrazó a Vincent. En aquellos momentos era lo único que tenía, porque ya no le quedaba familia alguna.

—¿Quieres que me quede aquí esta noche? —preguntó Vincent.

—No... No, puedes irte. Gracias por todo.

—Pero si no he hecho nada —sonrió él.

Cuando al fin salió de la casa era ya de noche. El tranquilo barrio residencial estaba solitario.

En el parque de la acera de enfrente, medio oculto por la vegetación, un hombre joven estaba observando la casa.

Vincent no advirtió su presencia y tomó el coche que tenía aparcado alejándose.

El hombre continuó allí observando las iluminadas ventanas del segundo piso de un edificio de sólo tres plantas.

Aguardó allí hasta que las luces del piso se apagaron. Aún estuvo un rato más antes de abandonar la vigilancia.

Poco después ando hasta la esquina, tomó un coche color crema, empuñó el volante y se fue.

El mismo coche se detuvo frente a un edificio que muy pocos sabían que albergaba una de las sedes del Servicio Secreto.

El hombre bajó del auto y subió hasta la primera planta del edificio amueblado y decorado con el más puro gusto inglés.

El comandante Stanley, algo envejecido por el paso del tiempo, pero siempre vigoroso, estaba tras la mesa de su despacho.

—La chica duerme —dijo el recién llegado—. Pero me pregunto si vale la pena vigilarla... Clayton llevaba esto, y ahora ya no está.

¡Maldita sea! Apostaría a que en el avión había una bomba.

—No ha tenido que romperse demasiado la cabeza para llegar a esta conclusión, ¿verdad, Lloyd? —murmuró el comandante con su habitual tono mordaz.

—¿Usted también piensa lo mismo?

—Es evidente. Fedor viajaba en este avión. Desde que hace un par de semanas Clayton descubrió a nuestro viejo conocido «Fedor» el asunto de «La Urraca y el Tambor» ha vuelto a la actualidad.

El comandante lanzó un suspiro, chasqueó la lengua y continuó.

—Cada vez que este condenado asunto asoma las narices nos cuesta la vida de un agente.

—¿Y William Laber? ¿Qué tiene que ver en todo?

—Esto lo sabía el agente Clayton, pero ha muerto. Volvemos a partir de cero. Me pregunto si vale la pena que muera un hombre cada vez.

—Ahora sí, señor. Clayton era amigo mío. Sólo por descubrir a su asesino vale la pena.

—Lloyd no haga nunca un asunto personal de las cosas del servicio. Ésta es la norma.

—¿Es que piensa abandonar, señor?

—Váyase a descansar, Lloyd. Ya hablaremos de esto mañana — fue la respuesta del comandante Stanley.

CAPÍTULO III

El comandante había reunido a la gente de su grupo. Lloyd estaba entre ellos y en conjunto eran cinco los hombres, incluido el propio Stanley.

Era la mañana del día siguiente de la explosión del avión.

Stanley habló así:

—Señores... Como ustedes saben, descubrimos a Fedor en Londres, algo envejecido por el paso del tiempo, pero esto nos ocurre a todos. Fedor tiene ahora, tendría, mejor dicho, la misma edad que yo... Cincuenta y seis años.

Carraspeó tras una pausa y prosiguió.

—No nos cupo la menor duda de que era él y. Clayton se encargó de vigilarle. En los primeros días Fedor se comportó como un ciudadano normal y corriente, aunque no estaba en Londres en calidad de residente sino de turista con pasaporte francés.

Otra pausa y prosiguió:

—Cierta día, en los alrededores de Picadilly Circus, Clayton vio entrar a Fedor en una cafetería. El le siguió como un cliente más y pudo ver cómo entablaba conversación con un hombre hasta entonces desconocido para nosotros... Como Clayton sabía ya el hotel donde Fedor se hospedaba, pensó que sería conveniente averiguar quién era aquel hombre y le siguió. El hombre resultó ser William Laber, inglés... Nacionalizado hace algunos años, casado con inglesa, viudo y con una hija. —Susan Laber— de 24 años.

»Averiguamos cuánto pudimos acerca de William Laber y todo apareció bastante claro. Trabaja desde hace ocho años en una compañía internacional. La Golan. Maquinaria agrícola y Textil. Es director comercial adjunto y viaja con frecuencia al extranjero, con preferencia a París, donde la

Golan & Co.

tiene una filial.

—¿Y qué se sabe del pasado de Laber? —interrumpió Lloyd.

—Se sabe que se casó en Suiza con una súbdita británica y que estuvo trabajando de viajante de comercio en varias casas. Comerció con relojes suizos, vendió productos químicos, etc., etc.

—¿De dónde es oriundo? —preguntó otro agente.

—De Suecia según pudimos averiguar. Dos semanas no es mucho tiempo. O sea que estos datos no son del todo completos, pero parecen ajustarse a la realidad. No obstante la pregunta es... ¿Qué clase de entrevista sostuvieron un antiguo miembro del espionaje soviético con el director comercial adjunto de una empresa internacional radicada en Londres? Clayton no pudo oírlo. En cambio sabemos que en el vuelo fatídico en que murió Clayton, viajaban juntos Laber y Fedor. Clayton me lo comunicó telefónicamente desde Heathrow una media hora antes de partir el avión. ¡Y lo curioso del caso es que fingían no conocerse!

Tras un silencio general, el comandante concluyó:

—Así están las cosas, señores... Ahora nuestra única posibilidad, remota acaso, es seguir de cerca a Susan Laber. En estos momentos un compañero suyo la está siguiendo... Susan es una muchacha moderna y emancipada. Trabaja de secretaria en unas oficinas cerca de Hyde Park. Quiero que la vigilen por tumos sin que ella sospeche nada en absoluto.

Se levantó y como últimas instrucciones dijo:

—Daré a este caso un tiempo prudencial, si no conseguimos datos concretos de forma inmediata lo cerraremos definitivamente.

Lloyd adujo:

—Señor... No debe tratarse de un caso trivial cuando los rusos van detrás de ello.

—No sabemos si son los rusos, o los chinos o los marcianos, Lloyd. No ha habido ningún contacto con Fedor. Esto es lo que estoy tratando de averiguar, si Fedor trabajaba para alguien o era uno de esos oportunistas que venden los secretos al mejor postor.

—Un secreto del año 1945 —murmuró un agente—. Justo el año en que yo nací.

—Exacto —repuso el comandante Stanley—. Después de tanto tiempo, por bueno que entonces fuera el descubrimiento del profesor Walter Lashell, ahora tiene que estar superado a la fuerza.

La sesión había terminado. Iban a salir todos cuando se abrió la

puerta y apareció alguien que sorprendió a todos:

—¡Clayton! —exclamó Lloyd.

Sí. El recién llegado era el agente Bruce Clayton. Considerado el número uno en el grupo de Stanley.

De estatura mediana tirando a alto, corpulencia media, elegante y deportivo a la vez y con una contagiosa sonrisa a flor de labios.

—¿No creen en fantasmas, señores? Pues ahí tienen uno, pero de carne y huesos.

—¿Qué clase de broma es ésta, Clayton? —preguntó Stanley.

—Estar vivo no es ninguna broma, señor... —sonrió el agente—. Pero permítame. Tengo grandes noticias...

—Antes dígame por qué no me comunicó enseguida que estaba usted... Bueno que no estaba usted... ¡Que seguía vivo, diablo!

—He hecho bastantes cosas, señor. En realidad he pasado una noche bastante agitada. —Y avanzó hasta la mesa de su superior dejándose caer a plomo en uno de los severos sillones de cuero.

CAPÍTULO IV

—Déjeme empezar por el principio —dijo Clayton.

—Lo estamos deseando todos —repuso el comandante.

Los otros cuatro agentes ocupaban otras tantas sillas algo más atrás, en el mismo despacho amplio y severo de Stanley.

—En primer lugar es obvio decir que yo no tomé el avión que estalló porque de haberlo hecho a estas horas no estaría aquí.

—¿Y puede saberse por qué dejó por su cuenta de seguir a Fedor? —preguntó el comandante.

—Porque en aquellos momentos Fedor ya no era tan importante...

—Explíquese...

Para explicarlo, el agente tuvo que volver mentalmente a lo ocurrido en el aeropuerto a partir del momento en que por los altavoces pidieron la presencia de William Laber al teléfono.

«Llaman al señor William Laber. Urgente» —había repetido el altavoz.

Y William Laber acudió al teléfono tras consultar primero con una azafata y posteriormente recibir la información de un empleado que le indicó que pasara a un salón posterior.

El agente estaba en el aeropuerto, y del mismo modo que Fedor parecía pendiente de Laber, Clayton lo estaba de los dos. Así pues, siguió al primero que en aquellos momentos y en virtud de la llamada telefónica, se había convertido en el personaje más importante.

Clayton detuvo su narración para mostrar a Stanley unas fotografías.

—Observe, señor.

—¿Qué es esto? —inquirió el comandante.

—Nuestro personaje. William Laber. Saqué la fotografía cuando estaba hablando con el empleado del aeropuerto que le indicaba

dónde debía dirigirse.

El mayor pudo apreciar perfectamente los rasgos fisonómicos de Laber y devolvió la fotografía al agente.

—Perfecto... ¿Y esa otra? —El mayor tomó la segunda fotografía que le entregaba Clayton.

En el retrato podía verse a Laber cuando salía de la sala donde había entrado para hablar por teléfono.

—¿Por qué utilizó la microcámara, Clayton? —inquirió el superior—. ¿Qué hay en esas fotografías de interesante?

—Fíjese bien, señor —sonrió el agente—. Por favor...

—Ya sé, ya sé que usted no hubiese malgastado un cliché en vano pero... —se interrumpió y comprobó las dos fotografías. Las miró con la máxima atención al tiempo que murmuraba—: Trata de demostrar que... ¡No! No es posible... Sin embargo...

—Quizá en las fotos —atajó el agente— no pueda apreciarse demasiado bien, no obstante para un experto como usted...

—¡No siga...! Es... Son dos hombres distintos —exclamó finalmente el comandante adivinando intuitivamente.

La foto —las fotos— no revelaban gran cosa a simple vista porque el personaje retratado parecía ser el mismo, pero...

—Dos hombres distintos —repitió el superior—. ¿Y... cuál es el auténtico?

—El auténtico, sin duda alguna, es el que yo seguí desde su casa al aeropuerto... El que despidió a su hija y el novio o acompañante de la muchacha. En una palabra. El auténtico William Laber es el que entró en la sala del aeropuerto para contestar a la supuesta llamada telefónica. El que salió de dicha sala es otro. Perfectamente caracterizado, con una mascarilla o un buen maquillaje... eso no importa. Ahora, tras la explosión del avión, ya está muerto... Y ése puede ser mi buen motivo para terminar con el avión.

—Un falso Laber y Fedor... Los dos muertos... ¿Quiere decir que estamos como al principio, Clayton, o se guarda usted un as en la manga? Hable pronto. Sabe que, personalmente soy poco amigo de los enigmas.

—No lo sé, señor. No sé si estamos igual que al principio. Yo diría que no.

—Vamos, vamos, Clayton, no pierda tiempo. Siga usted. ¿Qué hizo?

—Un llamémosle sexto sentido me puso en guardia cuando por los altavoces llamaron a Laber en el último momento... por eso decidí seguirle y... fotografiarle... Eso formaba parte de mi cometido. ¿No?

—Sí, sí... Siga —insistió el comandante.

—Bien... Al realizar la segunda foto, cuando Laber salió de la sala, aunque en principio no noté una gran diferencia, observé sin embargo, que había algo distinto entre el que «entró y el que salió»... Yo diría que Laber, el auténtico, caminaba un tanto cansinamente... El otro, tenía un paso... más decidido, más seguro... Bueno, quizá se trata de un golpe de suerte... en nuestra profesión también hay que contar con ellos. ¿No le parece?

—Déjese de florituras, Clayton.

—Sí, señor. Sigamos. —Y Clayton sonrió ampliamente. Se sabía dueño de la situación y había conseguido interesar a su jefe, lo cual no era poco, porque el comandante Stanley.

—*Sir* John Stanley —no era fácilmente impresionable.

Y prosiguió.

—Entonces me dije que si había existido una permuta de individuos, o una de dos, o habían liquidado a Laber o pretendían que todo el mundo creyese que el tal Laber se había ido de viaje... destino a París, por lo tanto tenía que averiguar si el auténtico seguía vivo y... qué era lo que hacía...

—Entró usted en la sala.

—Exactamente.

—¿Y qué?

—Sólo había...

—¿Qué? ¡No se detenga!

—Urinarios...

—¡Oh, Clayton! No sea usted vulgar...

—Bueno... También habían retretes cerrados... Uno sobre todo... Era la hora de marchar el avión, así que tema que decidirme si tomar el vuelo o esperar al auténtico Laber que suponía allí encerrado. Aguardé un instante fingiendo que... ¡Bueno, fingiendo...! ¡Fingiendo hacer uso de los mingitorios!

—¡Por favor, Clayton! Ahórrese los detalles.

—Sí, señor. El caso es que Laber salió de uno de los retretes cerrados y yo decidí seguirle.

—¿Y qué?

—Laber fue directamente hacia un automóvil. Llamé a un taxi para seguirle, pero... entonces tuve un tropiezo...

—¿Qué clase de tropiezo? —inquirió *Sir* John Stanley, cada vez más interesado.

—Surgieron dos tipos. No me había dado cuenta de su presencia, lo confieso...

—Debe ser usted más precavido.

—¡Ya lo fui! Pero repito que surgieron de improviso, me atenazaron...

Y aquí Clayton recordó cómo tuvo que hacer frente a dos individuos corpulentos que le sujetaron por los brazos obligándole a seguir hasta otro coche.

Clayton se dejó llevar mientras Laber, en el interior de un automóvil conducido por otra persona, se alejaba del aeropuerto.

Entonces, el agente, al llegar al vehículo aparcado en la zona que quedaba más oscura, tras fingir una absoluta sumisión, reaccionó.

Su perfecto conocimiento de la defensa personal de origen nipón le permitió deshacerse de sus aprehensores.

Golpeando con el codo el abdomen de uno de sus guardianes, atacó al otro con un golpe tan contundente como certero.

Los otros dos, naturalmente opusieron resistencia, pero Clayton se impuso plenamente.

Uno y otro fueron fáciles víctimas de sus bien combinadas llaves.

Fue una lucha, rápida, sorda... Al fin sus contrincantes cayeron con repetidos golpes demoledores y quedaron sin sentido.

Clayton utilizó entonces una motocicleta que halló aparcada...

—Por cierto —añadió—, pasen una nota a la policía para que la devuelva a su dueño... Comprenda... No tenía otro medio.

—Está bien, está bien... Siga. ¿Consiguió dar alcance a Laber?

—Demasiado tarde, señor... Y la verdad es que tampoco podía volver al avión porque ya se había ido.

—Bueno. Lo lógico es que si había dos individuos vigilándole a usted es porque tenían interés en que no siguiera al auténtico Laber.

—Es lo que pensé yo.

—Y por lo tanto, el verdadero es... o puede ser la clave.

—También pensé yo esto...

—¿Dónde perdió a William Laber?

—Bueno... En realidad fue en el aeropuerto, porque ya no volví a encontrar su rastro.

—¿Y qué hizo desde entonces?

—Yo ignoraba, señor, la suerte que iba a correr el avión, por lo tanto me dije que ya que había perdido el tiempo, podía intentar echar un vistazo al domicilio de Fedor.

—No está mal.

—Es lo que hice.

—¿Encontró algo?

—Permítame que se lo cuente.

—Por todos los diablos, Clayton. Hable... —solicitó su jefe.

CAPÍTULO V

Clayton encontró dificultades cuando entró en el apartamento de Fedor en el motel londinense donde se hospedaba el exespía, actualmente muerto tras el accidente aéreo.

El apartamento estaba cerrado y Clayton pudo entrar mediante una de las llaves falsas que llevaba en un manojo especial que le permitía franquear muchas entradas como si se tratara de un revienta-pisos profesional.

Un examen profesional no le permitió, en principio, hallar nada sospechoso. Para cualquier aficionado el apartamento de Fedor correspondía al de un turista corriente. Vista de la ciudad, prospectos, folletos de viajes, excursiones y demás.

Pero Clayton no era un aficionado y buscó en los lugares estratégicos... Así llegó hasta el jarrón que contenía flores artificiales, flores de plástico corrientes, decorativas.

Entre las flores —los tallos— pegado con cinta adhesiva encontró «aquello».

Lo examinó unos instantes y apenas se lo había guardado escuchó un ruido procedente del baño.

Corrió hasta allí y aguardó.

La puerta no tardó en abrirse.

El agente se hallaba pegado a la pared.

Un individuo portador de una pistola «Luger», de fabricación alemana, naturalmente asomó.

Clayton le sujetó la mano, le hizo objeto de una llave precisa, volteó al individuo y le sacudió a modo en la nuca murmurando:

—Lo siento, amigo... No puedo presentarme...

Le dejó de espaldas contra la mullida alfombra del apartamento y sacó un par de fotografías de su agresor.

Un par de fotografías que mostraba ahora al comandante Stanley.

—Las pasaré a los del laboratorio y ficheros para que identifiquen al individuo... Pero ¿qué es lo que usted encontró?

Clayton sacó una película.

—Esto...

—¿Un filme?

—Sí, comandante, y como me interesaba saber qué podía contener de interesante me fui a mi casa a «pasarlo».

Tras una pequeña pausa en la que el comandante se había levantado de su asiento para preparar la máquina de proyección, añadió:

—Entonces eran ya casi las doce de la noche. Llamé un par de veces pero no contestó nadie y pensé en dirigirme a su domicilio particular aun a riesgo de perturbar su sueño...

—¿Y qué le impidió hacerlo?

—Oh, pues... que surgieron otro par de individuos en la puerta de mi casa...

—Demasiada gente...

—Es lo que pienso yo, señor...

—Y esos individuos...

—La verdad es que no los vi... Únicamente les «sentí...».

—¡Ah, ya!

—Apenas salí de casa me atizaron...

—¿Y la película...?

—No. No la llevaba conmigo... Debieron registrarme bien los bolsillos porque además se apresuraron a robarme la cartera... No, no llevaba documentos, pero sí ciento cincuenta libras... Así, oficialmente, la cosa podía atribuirse a un simple ataque perpetrado por dos rateros... Bueno, no sé con qué me atizaron pero el caso es que cuando recobré el conocimiento me encontré en el hospital... No dije nada a la policía, denuncié el robo y me costó bastante poder salir... Excuso decirle que habían registrado mi apartamento de pies a cabeza... pero la película no lograron encontrarla... —Y guiñándole el ojo al comandante añadió—: La había metido dentro de una caja de bombones que tengo siempre dispuesta para cuando invito a... alguna dama.

—No me interesan los detalles... Veamos esa película...

—Le advierto que es muy interesante, señor...

El comandante cerró las luces, bajó la pantalla y comenzó a

proyectar en imágenes el rollo que acababa de entregarle Clayton.

Las primeras escenas captaban imágenes callejeras de William Laber. Se le veía salir de su casa... tomar el autobús... entrar en el edificio de la compañía en la que prestaba sus servicios... entrar en una cafetería cerca de Picadilly Circus...

—Éste es el establecimiento donde se citaba con Fedor — interrumpió el agente Clayton.

—Sí, sí...

—Siga, siga, señor —sonrió Clayton.

Luego las imágenes daban un brusco salto en el tiempo para tornarse escenas retrospectivas.

—¡Esto está tomado en tiempos de guerra! —exclamó el comandante al ver varias imágenes del París ocupado por los alemanes.

—En efecto, señor.

Aparecían fugaces escenas de desfiles y las imágenes se fijaban en el deambular de algunos oficiales hasta concluir en un primer plano de uno de aquellos oficiales alemanes con el distintivo de las «Schutztaffel».

—¡Un momento! —exclamó el veterano comandante.

Fijó la imagen y observó detenidamente al hombre tomado en primer plano.

—Este rostro es bastante conocido si no me equivoco...

—Yo no estaba entonces, señor... pero he repasado los archivos...

—¡Diablos! —rugió Stanley—. Es Hans Winkel... Capitán Hans Winkel... Había pertenecido al servicio secreto alemán.

—A la Abwehr, señor... A las órdenes del almirante Canaris, a quien siempre he admirado... Tal vez porque Hitler le destituyó y ordenó su ejecución.

—No haga historia, Clayton. Conozco el caso... Con el tiempo se sabe todo, incluso que Hans Winkel fue procesado en rebeldía por los tribunales de guerra... Me pregunto por qué saldrá en esta película...

Clayton sonrió.

—Siga... Ahora viene lo más interesante.

Proseguían las imágenes de Winkel, un rubio alemán de las SS.

El comandante murmuró:

—Cuando la Abwehr quedó disuelta muchos miembros se dividieron en los diferentes campos de acción del nazismo. La Gestapo, las SS. Las... ¡Pero! ¿Qué es esto?

La película había llegado en su punto culminante... Aparecía un fundido con el rostro del oficial alemán en transparencia con el de William Laber.

No se parecían en nada físicamente, ni por los rasgos, ni en razón de la edad.

El oficial de las «Schutztaffel» Hans Winkel aparentaba unos treinta y cinco años y Laber unos sesenta y tantos... Sin embargo...

La transparencia desaparecía para mostrar una doble imagen de los dos hombres.

—No han filmado esto porque sí... ¿No cree, señor? —inquirió el agente.

—¡Es la misma persona! —exclamó el comandante.

—Es lo que yo pensé —repuso Clayton.

—Le separan veintiocho años de distancia entre una foto y otra... quizá treinta... y los rasgos no son exactamente los mismos, no obstante...

—Aquí, señor, en Inglaterra surgieron verdaderos maestros en el arte de desfigurar rostros durante la guerra, he leído libros completos de algunos profesores especializados en la materia. Warnig, por ejemplo, consiguió hacer tales cambios que muchos de los que los sufrieron dieron por bien empleadas las vicisitudes pasadas con tal de poseer un rostro de que les favorecía mucho más... Sí... La cirugía plástica debe mucho a la segunda guerra mundial.

—Basta, basta, Clayton... No divaguemos. Esto puede ser muy significativo —repuso el comandante.

Cerró la proyección y la luz volvió al despacho. Luego, ya con las cortinas abiertas y sentado otra vez detrás de su mesa de despacho, murmuró:

—Esta película aclara muchas cosas, Clayton.

—Aclara que ahora sabemos, por ejemplo, que William Laber es un antiguo miembro de las SS. Uno de tantos que además de librarse de los absurdos juicios del cuarenta y cinco ha podido sobrevivir con nombre falso... «en cualquier parte del globo». Y justamente ha elegido nuestra Inglaterra.

—Déjese de bromas... ¿O es que no se da cuenta de la transcendencia de este descubrimiento?

—Señor... Yo también he leído el dossier referente al asunto del profesor Lashell... Siempre se ha supuesto que Lashell, al morir, no se llevó a la tumba el secreto de aquella fórmula que entonces se consideraba como suprema, casi mágica... Por lo tanto ese oficial de las SS. Hans Winkel, ahora William Laber, puede ser el hombre poseedor de la fórmula de antaño... y ése es el interés que determinada potencia puede tener para ponerse en contacto con nuestro hombre...

—¡Exacto!

—Pero todavía hay más, señor. ¿No se ha dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—Por motivos obvios... han saboteado un avión con el fin de hacernos creer que Laber ha muerto... Eso demuestra la importancia que para «ellos» tiene ese secreto, tan celosamente guardado...

—Sí, Clayton. Es cierto, y ahí está lo extraño... Porque oficialmente nadie podía saber que andábamos detrás de Fedor...

—Pero los que me atacaron... no lo olvide, señor... Ellos me seguían a mí. Algo falla en nuestro sistema.

—¡Maldito caso!

—Señor... Ahora tenemos un punto de partida... Laber está vivo. O si lo prefiere, el antiguo agente de las SS, Hans Winkel, sigue vivo... Lo del avión es sólo una mascarada que ha costado la vida de muchas personas, pero mascarada al fin y al cabo. Sin embargo, para nosotros, nuestro objetivo sigue siendo Winkel... Por alguna razón han pretendido hacerle pasar por muerto.

—Porque les interesa que les dejemos en paz...

—Hay que encontrarle, señor. Déjeme seguir con mi cometido.

—No puedo, Clayton —repuso gravemente su superior.

—¿Por qué?

—Tengo que relevarle. ¿No se da cuenta?

—¿De qué?

—Los que le atacaron... Ellos le conocen. Saben que usted pertenece a nuestro servicio secreto y saben también que sigue vivo y que «sabe» que Winkel sigue con vida.

—Sí, sí... pero ignoran lo que hemos descubierto.

—No. No lo ignoran. Es más... Saben que les pisamos los talones más cerca que antes... ¡Clayton! Debe usted desaparecer.

—¡Señor!

—En el buen sentido, Clayton. Tómese unas vacaciones.

—¡Señor! Estamos casi al final de este asunto... Déjeme actuar, se lo ruego...

—No.

—Para que se lleve el mérito otro.

—No hay méritos personales en esta sección, Clayton. Todos trabajamos para la misma causa... Usted queda relevado. Esto es todo —sentenció el jefe del grupo.

CAPÍTULO VI

Un comandante tiene la obligación de conocer perfectamente a sus hombres ya que de lo contrario sería absurdo estar al frente de ellos.

Seguramente *Sir* John Stanley, sabía en qué iba a emplear sus vacaciones forzosas el agente Clayton.

Y no se equivocaba...

Clayton, sin embargo, era consciente de lo que significaba el trabajo anónimo en bien del país en una época en la que, desaparecida la guerra fría, continuaba sin embargo, el trabajo en el mundo del espionaje.

Dejarse ver, pues, en los lugares comprometidos, equivalía a condenar a la misión al fracaso cuando entraba en una fase que podía concluir en un feliz epílogo. Así que...

Aquella tarde se citó con su compañero Lloyd en un tabernucho del Soho londinense.

Lloyd era el nuevo encargado del asunto.

—No entiendo lo que te propones —dijo a su amigo.

—Es sencillo. Me propongo desaparecer —repuso Clayton.

—Oficialmente ya has desaparecido.

—No para ellos, amigo mío... Para «ellos» sigo vivo —sonrió Clayton—. Y para que la cosa siga completa he de «desaparecer de verdad».

—No lo entiendo...

—Escucha... Estoy seguro que no darán ni un solo paso mientras me sepan con vida. Y se andará con cien pares de ojos. Hay mucha gente metida en todo esto.

—Bueno, sepamos al menos tu plan...

—Voy a explicártelo. Pero cuidado... esto no debe saberlo ni siquiera el propio comandante.

—El cuidado debes tenerlo tú, Clayton. No se puede jugar con

esto.

—Ésta es una misión condenada al fracaso. Ha muerto demasiada gente para llevarlo alegremente.

—¿Piensas que el viejo está equivocado?

—No está equivocado. Pone gente de refresco, pero «ellos» saben que lo hará y estarán atentos... De momento nuestro objetivo es la hija de Laber.

—¿Susan Laber?

—¡Claro! Si nos falta el padre, lo lógico es suponer que nos dedicaremos a vigilar a su hija...

—Esto es lo que me dijo el viejo —repuso Lloyd.

—¿Te das cuenta?

—Bueno, pero ¿dónde está Laber?

—Esto ya lo sabremos... Ahora escúchame atentamente.

—No me gusta actuar de espaldas al comandante.

—Escúchame, cabezota... ¿No trabajamos todos para la misma causa?

—Sí, pero...

—¡Pues deja de poner peros y luego que me hayas escuchado dime si mi plan te parece descabellado!

Lloyd decidió prestar atención a su amigo.

Por espacio de varios minutos el agente número uno del grupo del comandante Stanley hizo un alarde de imaginación explicando lo que se proponía.

Al fin concluyó:

—Naturalmente para que todo salga como yo lo he pensado... cuento por anticipado con la colaboración de nuestros enemigos. — Y sonrió guiñándole un ojo a su compañero.

—Sí... Seguramente tendrás esa colaboración —rió Lloyd a su vez.

Y dio principio el plan...

Para Susan, la muerte de su padre seguía siendo un hecho y Vincent, hacia lo imposible para hacerla olvidar.

Durante aquella semana trató de llevarla al cine, a cenar, e incluso a bailar, pero la muchacha se negaba sistemáticamente.

En un rincón del parque, Vincent intentó convencerla.

—De nada sirve que te encierres en ti misma, Susan —dijo él—. Yo me hago perfecto cargo de tu pena, pero la vida sigue... ¡Susan!

No te atormentes por lo que ya no tiene remedio.

Intentó besarla, pero ella rehusó.

—¿Qué podría hacer por ti, Susan?

—Nada, Vincent... Y no creas que no te agradezco todo lo que intentas, pero es más fuerte que yo... Deja que pase algún tiempo... que me acostumbre a la idea de que ya no volveré a ver jamás a mi padre.

Luego pasearon juntos. Ella siempre cabizbaja, melancólica, pensativa. El la cogía del brazo y la acompañaba silencioso, como si estuviera convencido de que, verdaderamente, sólo el tiempo lograría cicatrizar aquella herida.

A distancia, procurando no ser visto por la pareja, el agente del servicio secreto británico Clayton les seguía...

Lo hacía de una forma que, realmente, parecía disimulada, pero no ciertamente como un profesional ducho...

Cualquiera hubiera podido observar su interés por la muchacha.

Y en efecto... «cualquiera» lo observaba... Porque el agente Clayton, a su vez, era estrechamente vigilado.

Clayton siguió un día más a la pareja, hasta la casa de la muchacha. Allí, Vincent la dejó y ella subió sola a su apartamento.

Clayton aguardó algún rato y luego se marchó como si ya estuviera plenamente convencido de que ella no iba a salir más, pero la verdad es que Lloyd, su amigo y compañero de profesión, quedaba siempre oculto entre la vegetación del parque que estaba enfrente a la casa de la muchacha y él sí que observaba de veras, mientras que Clayton se llevaba a quien le observaba a él a su vez.

Es decir, Clayton fingiendo vigilar a Susan Laber, lo que hacía era servir de cebo.

Cuando tomó el coche aquella tarde, vio perfectamente por el retrovisor como otro automóvil negro le seguía.

Aceleró sin demasiada mala intención con objeto de dar facilidades a su «vigilante».

Cuando alcanzó las afueras de la City, bajó del coche y tomó un taxi.

—Vaya tan deprisa como pueda —dijo largando un billete de diez libras.

El chófer lo tomó con cierto recelo pero Clayton le mostró otro.

—Es su día de suerte, amigo. Esta carrera puede proporcionarle

más de lo ganaría en toda una semana.

—Sí, señor. Pero... No será la policía la que nos sigue, ¿verdad?

—No. No es la policía. Y celebro que se haya dado cuenta de que nos siguen... Se trata de... una broma. Ande, pise a fondo...

Londres es muy extenso, quien ha estado en esa maravillosa ciudad sabe que un autobús, tras un par de horas de trayecto, sigue pisando término municipal, pero el chófer sabía también de calles y senderos, poco concurridos, por los que es fácil dirigirse hacia la zona urbana de... las afueras...

Más allá de los clásicos *Pubs* y siguiendo más o menos la margen del Támesis, tras un largo recorrido se llega a una zona donde empiezan a vislumbrarse antiguos *cottages* mezclados con verdaderas ciudades satélites producto de la aglomeración capitalina.

El taxi seguía virando, tomando calles estratégicas, pero sin despegarse del automóvil que les seguía.

Al cabo de una hora y cuando la luz del día comenzaba a menguar, el conductor tomó una ligera ventaja.

—Déjeme el volante —pidió el agente.

—Es que...

Clayton no le dio opción. Pasó de la parte de atrás a la de delante.

—Oiga... oiga... —protestó el conductor.

—Lo siento, amigo... No tengo más remedio... ¡Tome esto! —Le largó una tarjeta y mientras el chófer intentaba leerla le empujó y le hizo saltar fuera del vehículo.

—¡Eh! —gritó el propietario del vehículo.

Fue inútil porque Clayton ya pisaba a fondo el acelerador cuando su seguidor asomaba en la última curva.

Clayton enfiló por la carretera que se dirigía hacia una colina.

El automóvil que iba detrás continuó la persecución.

El agente tomó un desvío ya en la parte alta de la ruta y contempló el panorama de una zona del río que quedaba a unos veinte metros bajo los acantilados naturales.

Pisó más a fondo y consiguió despegarse algo para adentrarse seguidamente por una ruta secundaria.

Aqué! era un lugar en el que se estaba construyendo otro barrio residencial... también perteneciente a Londres.

Se detuvo fugazmente ante una valla indicadora de que la carretera quedaba cortada a pocos metros de allí.

Salió, derribó el letrero y continuó por la carretera.

Un cambio de rasante había impedido a quien le seguía ver la maniobra del agente y por lo tanto, cuando llegó al lugar donde había habido la valla, prosiguió sin advertir nada anormal.

La carretera, tal como estaba indicado, era harto peligrosa porque concluía al borde del acantilado.

Es decir, quedaba cortada por la orilla del río a veinte metros de altura.

Clayton se dirigía a tumba abierta hacia el precipicio.

Seguía pisando a fondo, cuando sólo le quedaba medio kilómetro para llegar al borde.

Cuatrocientos metros...

Observó por el retrovisor.

Trescientos metros...

El otro automóvil aún no había aparecido.

Pisó más a fondo... Necesitaba hacerlo. Necesitaba...

Doscientos metros...

¿Y qué son doscientos metros cuando se va lanzado a cien kilómetros por hora...?

Una nueva ojeada al retrovisor y...

¡Cien metros!

Todos los sentidos del agente estaban en tensión.

Allá terminaba la carretera, luego el salto hasta el río y sus profundidades.

Cincuenta metros, cuarenta, treinta...

¡Veinte!

En el cambio de rasante asomaba el morro el automóvil seguidor.

«¡Diez metros!», pensó Clayton.

Aminoró la marcha cuanto pudo, abrió la portezuela y saltó rodando sobre sí mismo hasta el mismo borde del precipicio.

Observó que había un escalón formado por las excavaciones y se dejó caer para desaparecer de la vista de su seguidor.

El taxi saltó prácticamente por encima de su cabeza precipitándose por el acantilado.

Instantes después, el vehículo chocaba contra el agua que

comenzó a engullirlo.

Medio oculto por unas piedras y el propio desnivel, Clayton vio cómo el ocupante del coche seguidor asomaba.

El hombre llegó a tiempo de ver los últimos momentos del taxi flotando. Luego, cuando las aguas lo tragaron, sonrió suavemente.

No cabía la menor duda de que aquel individuo quedó convencido de que con el taxi había desaparecido también el agente Clayton.

Era exactamente lo que Clayton quería que pensasen... que había desaparecido de la circulación.

CAPÍTULO VII

Clayton estaba, pues, oficialmente muerto.

El comandante Stanley golpeó la mesa ante todos los hombres de su grupo:

—¡Esto ocurre por hacer maldito caso de mis órdenes! Al menos espero que sirva de experiencia a los demás.

Entre los reunidos se hallaba Lloyd que no hizo nada por sacar del error al jefe del grupo.

Aquel mismo día, en un *Pub* cercano al Támesis, aleado del centro, Lloyd se entrevistaba con el «difunto» Clayton.

—Cuando sepa la verdad nos despellejará a ti y a mí, 5ero conste que yo he seguido tus instrucciones —dijo Lloyd a su amigo.

—Y has hecho bien. Ahora estoy «muerto» y esto me ayudará a que no puedan descubrir mi resurrección. —Y mostró lo que llevaba en una cartera de mano.

Allí, entre otros productos de maquillaje, había una peluca de largas melenas, a lo «hippy» y una barba de as que arrancan al final de las patillas.

—Con esto no me reconocerá nadie y hoy por hoy es el mejor medio de pasar inadvertido... Pero lo importante ahora es la segunda parte del plan.

—Yo lo haré...

—No, Lloyd. Tú no. Corres el riesgo de ser igualmente vigilado. Seré yo quien lo ponga en práctica. Sólo necesito saber cuándo tendré vía libre... Y esto podrá servir. —Y sacó de la cartera un par de transmisores fáciles de adquirir en cualquier tienda del ramo.

—¿Por qué no utilizar los nuestros?

—Por si acaso. Esto debe estar completamente desligado del asunto oficial.

—¿Está bien? ¿Cuándo piensas hacerlo...?

—Ahora mismo. En cuanto sepa que en casa de Laber no hay

nadie.

—De acuerdo. ¿Sigues pensando que el padre de la muchacha se pondrá en contacto?

—Sí, Lloyd. De algún modo u otro William Laber se comunicará con su hija.

—¿Crees que ella puede estar complicada?

—No lo sé... Pero será fácil averiguarlo. ¡Andando En el coche me transformaré...!

Poco después y durante el largo viaje desde el *Pub* hasta el barrio de los Laber, el agente Clayton hizo su transformación. En primer lugar su normalmente elegante traje desapareció de su cuerpo para enfundarse un pantalón raído y sucio, estrecho y descosido, amén de una camisa de modelo canadiense a la que también le faltaba un buen lavado. Una chaqueta de cuero y unas botas gastadas completaron su aspecto en cuanto atuendo.

Lo segundo fue colocarse la peluca de «hippy», desgredada y con un aspecto que ya no podía ser más real. La barba, muy poblada y revuelta, completó el disfraz.

Con tales ingredientes resultaba muy difícil reconocerle.

Con un transmisor cada uno, de los de estilo «walky-talky» los dos amigos se separaron dos manzanas antes de llegar a la casa de Laber.

El agente que estaba de servicio vigilando la casa desde el parque informó a Lloyd que en aquellos momentos no había nadie en el apartamento. Lloyd se quedó a reemplazarle y a solas ya, transmitió a su amigo.

—Tienes el campo libre —dijo.

Clayton dio un rodeo para entrar en la casa por la parte de atrás. Tenía que subir al segundo piso de la casa que carecía de escalera de incendios y tuvo que introducirse furtivamente por el patio de la planta baja. Un árbol del jardín le sirvió para trepar hasta el segundo piso, y desde allí, encaramándose a la barandilla de hierro del balcón posterior, en un alarde de equilibrio alcanzó el piso de los Laber.

Le fue fácil entrar por la ventana y una vez dentro examinó a conciencia la vivienda.

Todo estaba en orden.

Tres habitaciones, un salón-comedor, la cocina en un rincón, un

baño, un cuarto armario... Todo era normal.

La mano de Susan se notaba en el cuidado y en la limpieza. Una mano femenina que siempre destaca en cualquier vivienda donde habita una muchacha con un mínimo de gusto y de sentido de la limpieza.

Clayton buscó el lugar más idóneo para colocar un minúsculo micrófono.

Observó el parterre de hojas sintéticas que como motivo decorativo señalaba la zona de la cocina del resto de la sala principal y allí, entre las hojas de plástico, escondió el micro.

Con otro receptor portátil provisto de antena quedó a la escucha mientras golpeaba el pequeño artilugio colocado entre las hojas.

El «toc-to-toc» de sus propios golpes resonó a través del receptor lo cual indicaba que el micrófono funcionaba perfectamente.

—Bueno. Esto ya está —dijo hablando consigo mismo. El pitido del «walky-talky» le indicó que su amigo pretendía establecer contacto con él.

—Sí. Lloyd. Todo va bien por ahora. ¿Ocurre algo? La voz de Lloyd sonó desde la calle muy clara y tajante:

—¡Esfúmate! ¡Susan está aquí abajo con su novio!

—Gracias, Lloyd. Ya estoy listo.

Y Clayton saltó por la ventana hasta el balcón exterior, pero entonces observó que en el patio de la planta baja había gente. Lanzó un gruñido de contrariedad porque no deseaba que pudieran verle.

Se pegó en la pared y aguardó a que las mujeres que estaban hablando agotaran el repertorio de chismes.

Entretanto alguien dio la vuelta a la llave del piso. ¡Era Susan!

Susan y su acompañante.

Clayton se quedó en el balcón pegado en el suelo. Poco después les oyó hablar.

—¿Por qué no dejas que me quede un poco, Susan?

—No comprendo por qué quieres estar siempre sola —decía Vincent en aquellos momentos.

—Perdóname, Vint... Esto se me pasará. Lo sé. Debes tener paciencia conmigo.

—Paciencia no me falta, pero quisiera hacer algo...

—Quédate un poco si quieres...

—¿Preparo la cena?

—No...

—¿No vas a invitarme...?

Era algo intrascendente, vulgar, y normal a la vez, pero fastidiaba a Clayton que tenía que permanecer oculto allí, pegado en el suelo bajo la ventana, porque si se movía podían descubrirle y además, allá abajo, en la planta baja seguían aquel par de mujeres dale que te dale explicando trivialidades, hablando simplemente por hablar.

—¿No hay demasiado aire? —inquirió en aquel momento Vincent.

—Cerraré la ventana —repuso ella.

Clayton sintió los pasos de la muchacha dirigirse hacia la ventana y pensó que si asomaba le descubriría y si le descubría... Bueno, podían tomarle por un ladrón, pero si ella «sabía» algo sospecharía...

Clayton aguantó la respiración, estaba tan inmóvil como un muerto.

Susan se aproximó a la ventana y bajó el cristal de guillotina sin asomar. De este modo el agente se salvó de ser descubierto.

A gatas reculó hacia un extremo cuando sonó el teléfono.

Lo cogió Vincent y el agente a través de su receptor pudo captar el monólogo, porque sólo fue un monólogo.

Vincent había insistido:

—Diga... ¡Diga! ¿Quién es?

Pero al otro lado del hilo no contestó nadie. Sin embargo, Clayton pudo captar la presencia de alguna persona que se negaba a hablar, porque seguramente esperaba que se pusiera la muchacha.

Vincent colgó y Clayton, a través del receptor, escuchó perfectamente el chasquido.

Al fin las mujeres de la planta baja dieron por terminada su charla insustancial y el agente se colgó de los barrotes para saltar hasta el piso inferior teniendo cuidado de no hacer ningún ruido, utilizando el árbol, llegó hasta el nivel del suelo y desapareció.

Paso bastante tiempo.

La llamada se produjo, sin duda cuando Susan se encontraba sola, ya que esta vez contestó.

—¿Quién es?

—Soy yo, hija. No te asustes... Soy tu padre.

—¡Papá! —exclamó ella—. ¡Dios mío! Algo extraño presentía... Todo es como una pesadilla. Yo sabía..., sabía que... Pero ¿dónde estás?

—Cálmate, hija, y no grites... Y por Dios no digas a nadie que estoy vivo. ¡A nadie!

—¿Qué te ocurre, padre? ¿Qué es lo que pasa?

—Nada, Susan... Ya te lo contaré cuando pueda reunirme contigo... Ahora sólo pretendía tranquilizarte. Necesitaba hablar contigo. Imagino lo que debes haber sufrido.

—Padre... Mi sufrimiento ahora carece de importancia porque sé que estás vivo, pero...

—No hagas preguntas, hija... En cuanto pueda volveré a llamarte... Te diré el lugar donde podamos reunirnos... Adiós, hija.

—¡Espera, padre!

—No puedo. Tengo que colgar.

—Dime dónde estás al menos...

Pero William Laber había colgado ya.

El agente Clayton percibió claramente el chasquido y murmuró pensativo:

—Se han puesto en contacto... Ahora sólo falta saber de dónde salió la llamada. Y esto puede averiguarse...

CAPÍTULO VIII

—Se trata de saber cuál es el juego de Laber —dijo Clayton a su amigo.

Se habían reunido en casa de Lloyd y Clayton continuaba con su disfraz de «hippy».

—Sí —repuso el compañero—. Pero lo más seguro es que lleguemos tarde... A estas horas los que han urdido todo este plan ya pueden estar en posesión de los documentos si es que era Laber quien los tenía.

—Conforme. Supongamos que nuestra hipótesis es cierta y que Laber, o sea Winkel, era el único que conocía el secreto del profesor Lashell, y que nuestros rivales, sean rusos o marcianos, hayan urdido todo esto para conseguir ese secreto... En cualquier caso, Lloyd, Winkel, alias Laber, es el único que puede decirnos también en qué consistía ese secreto.

—Sí, claro. Y un secreto deja de serlo cuando es conocido por muchos.

—Por tanto no debemos perder el contacto con el alemán... Ahora sólo falta ampliar los métodos para que cuando se produzca una próxima llamada telefónica podamos captar la procedencia.

—Esto ya está arreglado, Clayton. He conseguido un permiso especial y los muchachos se han dado prisa.

—Vamos, pues. Día y noche permaneceré a la escucha.

—No es necesario. Susan sale de su casa a las ocho de la mañana y no regresa hasta las seis de la tarde. Basta con controlar esas horas... Tienes tiempo.

—¿Y dónde han instalado el lugar de escucha?

—En los sótanos de una casa deshabitada. A menos de una manzana de la residencia de los Laber. Ha sido una suerte encontrarla.

—Bien... ¡Vámonos por si acaso!

Eran sólo las cuatro de la tarde, pero Clayton se hallaba impaciente.

Salieron los dos hombres hacia el auto de Lloyd, sin advertir que uno de los varios coches aparcados en la calle se ponía en movimiento tan pronto como Lloyd daba el encendido al suyo.

El auto les siguió por las calles londinenses en las que debido al tráfico no era posible tomar grandes velocidades.

Ninguno de los dos agentes pareció advertir aquel seguimiento de que eran objeto.

El agente Lloyd dejó a su compañero en el lugar donde habían instalado el puesto de recepción de las llamadas telefónicas dirigidas al apartamento de Laber.

Un técnico estaba manipulando con los aparatos del magnetófono acoplado.

—La interferencia es perfecta. Cualquier llamada se oirá tan bien como de la propia casa.

—Bien, puede irse. Yo me quedaré.

El técnico se despidió de Clayton y salió del sótano mientras el agente permanecía a la escucha.

Ni durante aquella tarde ni en la noche que siguió hubo ninguna llamada de Laber. En cambio Lloyd, por su parte, desde el parque pudo ver llegar a la muchacha acompañada de Vincent, como éste subía y luego volvía a marchar solo dejando a la chica en el piso.

Todo normal... Y bastante aburrido por parte de Clayton, que no obstante dejó pasar la noche sin pegar un ojo.

Cuando a la mañana siguiente advirtió que Susan había salido, Clayton supo que podía descansar.

La siguiente noche fue una copia de la anterior.

A la otra mañana Lloyd hizo notar:

—No creo que Susan tenga nada que ver. Se la ve muy agitada, nerviosa... Se apresura a ir a su casa más temprano.

—Espera la llamada de su padre.

—Exacto, y por lo que tú oíste se desprende que ella no sabe nada.

—¿Qué ha averiguado el viejo?

—Poca cosa más, pero está husmeando en todos los rincones, prácticamente todo el grupo está dedicado a este caso.

—Esta vez no fracasaremos, Lloyd. Es la única recompensa que

podemos ofrecer a los compañeros que han muerto.

—Sí —murmuró Lloyd.

—A propósito... De la Urraca y el Tambor, nada todavía, ¿eh?

—En absoluto...

—Bien, bien... Seguiremos esperando...

Fue a la cuarta noche cuando llamó el teléfono y la angustiada Susan se puso a la escucha.

—Lo siento —dijo la lejana voz del padre desde el otro lado de la línea—. No me ha sido posible llamarte antes.

—¿Dónde estás?

—No puedo decírtelo ahora, pero... Escúchame, prométeme no decir a nadie lo que voy a decirte.

—No, papá. Haré lo que tú me digas.

—Ahora estoy en... Inglaterra, pero partiré pronto...

Clayton aguzó el oído. ¡Por fin iba a saber dónde se dirigía Winkel!, y por lo tanto donde podía encontrarle.

Por fin el padre de Susan se decidió a revelar su destino:

—Marcho a Cortina

d'Ampezzo,
en Italia.

—¿Italia?

—Sí. Escucha... Existe un viejo refugio llamado *El Tambor*... —
Y Winkel ya no siguió. El chasquido característico del auricular al ser colgado anunció que se había cortado la comunicación...

—¡Papá, papá! —exclamó ella inútilmente.

Por su parte Clayton estableció contacto con los técnicos para que localizaran la procedencia de la llamada. Mediante un dispositivo especial puesto en marcha desde que se estableció contacto, los encargados de detectar el punto de partida de la llamada habían estado trabajando.

Pero la respuesta fue negativa.

—Todo parece indicar que la llamada ha sido efectuada desde Londres, pero no nos ha dado tiempo comprobarlo.

—No importa, gracias —repuso Clayton colgando.

Poco después se reunía con Lloyd.

—Van a Cortina

d'Ampezzo.

¿Qué opinas?

—Que la fórmula del profesor Lashell puede estar escondida allí —repuso Lloyd.

—Es lo que he pensado yo. Sobre todo teniendo en cuenta que allí existe cierto refugio llamado El Tambor.

—¡Por fin! —exclamó Lloyd.

Aquella noche, tras descansar unas pocas horas, Clayton había preparado un breve equipaje para tomar un avión rumbo a Italia.

Eran las seis de la mañana cuando llamaron a su puerta. Vaciló antes de abrir. Al fin se decidió a mirar a través de la mirilla y no se sorprendió demasiado cuando vio que se trataba del comandante Stanley. Le abrió.

—Si pensaba haberme engañado con su falsa muerte es porque debe tomarme por un perfecto idiota.

—Nunca he pensado tal cosa, señor.

—Bien, he seguido su juego para ver hasta dónde pretendía llegar.

—Supongo que Lloyd le habrá informado...

—Sí, desde luego. Todo va bien hasta ahora... Incluso temo que... demasiado bien...

—¿Por qué dice esto?

—Porque después de tantos tropiezos hasta parece imposible que de repente todo se despeje. No sé. Mi olfato de perro viejo me dice que hay gato encerrado.

—¿Qué clase de gato?

—¡Ah! Si yo lo supiera... Pero no confío en tantas facilidades.

—Ahora es usted quien me supone idiota a mí.

—No, Clayton, no... Le aparté de esto a sabiendas que usted desobedecería mi orden ingeniándoselas de algún modo, pero me pregunto si ha llegado a engañar a los otros.

—¿Por qué no?

—Bien... Todo el grupo estará en Cortina d'Ampezzo

buscando ese refugio. ¿Qué piensa hacer usted?

—Pues estar cerca de ellos.

—Con sus barbas...

—¿También sabe eso? —sonrió el agente.

—No puede hacer un viaje vestido de esa forma y si lo hace con su aspecto normal lo echará todo a perder.

—Entonces... ¿qué es lo que sugiere?

—Una misión menos agradable, y por supuesto no precisamente en Cortina d'Ampezzo.

—No, señor.

—Clayton. Ya sé que usted es hombre de acción, pero... insisto en que no me gusta la forma en que va este asunto y no lo digo porque usted no haya enfocado las cosas debidamente... Ya hablaremos de ello. Ahora juzgo más importante que se ponga en contacto con Susan Laber.

—¡Pero si estará preparándose para ir a Cortina! Estoy seguro...

—Encontrará algunas dificultades con su pasaporte.

—¡Ah, ya! Prefieren tenerla en Londres.

—Retenerla lo indispensable. Usted hará su aparición en el momento oportuno con sus barbas, pero disimuladamente con su credencial... Escúcheme con atención, Clayton, y no me ponga pegas... Esta vez no admito desobediencias.

—Está bien, señor. Si usted lo ordena...

—Por supuesto. Es una orden. Y ahora atienda...

CAPÍTULO IX

Desde Heathrow cualquiera puede trasladarse a Milán en un par de horas aproximadamente si toma el vuelo de las 9,45 de la mañana.

Es el que pensaba tomar Susan Laber, pero una inspección que parecía ser de tipo rutinario le impidió hacerlo.

La policía andaba pidiendo la documentación a todo el mundo. Cuando Susan entregó su pasaporte diciendo:

—Por favor, dense prisa. Mi avión sale dentro de quince minutos.

El oficial de Scotland Yard se lo retuvo murmurando:

—Lo siento, hemos de hacer unas comprobaciones.

Es lógico que sin pasaporte no se puede entrar en una nación extranjera aunque un buen inglés jamás se considera extranjero en ninguna parte, pero la ley es la ley y de nada sirvieron las protestas de Susan.

—¡Por favor! Sólo me quedan cinco minutos. Han dado el segundo aviso por los altavoces...

Los «cops» no sabían nada. Su pasaporte seguía retenido en uno de los múltiples despachos de las salas de espera del aeropuerto.

Y Susan vio con enojo cómo su avión se deslizaba por la pista para remontar el vuelo.

Del enojo pasó al desespero hasta que apareció el «hippy».

—Disculpe, señorita... Si me permite la llevaré a su casa...

—¿Qué quiere usted? ¡Déjeme en paz! —espetó ella.

Disimuladamente Clayton le mostró una credencial.

—Pertenezco al Servicio Secreto. Hágame caso.

—¿Servicio Secreto?

—Tengo su pasaporte... Hágame caso y sígame...

Ella comprendió que en principio no tenía más remedio que obedecer a Clayton puesto que él tenía su pasaporte.

Al llegar al coche él murmuró:

—Conduzca usted, como si el auto fuera suyo. No vaya de prisa. Por el camino le explicaré...

Y ella deseaba más que nunca conocer esa explicación...

Puso el coche en marcha y Clayton a su lado comenzó a hablarle siguiendo las instrucciones recibidas de su superior el comandante *Sir John Stanley*.

Le dio toda clase de detalles para que Susan no tuviera la menor duda de que Clayton sabía perfectamente cómo iba el asunto... Habló de las llamadas telefónicas de su padre y por fin de Cortina d'Ampezzo.

—¿Por qué han estado espionando? ¡Dios mío! ¿Qué suponen que ha hecho mi padre? —inquirió ella visiblemente angustiada.

El agente tenía los ojos puestos en el espejo retrovisor. Con el tránsito resultaba imposible ver si algún coche les seguía deliberadamente. Continuó hablando y aquella vez fue para dar a conocer a la muchacha el origen de su padre.

Le dijo cuál era su verdadero nombre y sus actividades durante la segunda guerra mundial.

Acabó diciendo:

—Usted, naturalmente, nació terminada la guerra y es posible que ignorase todo esto.

—¡Dios mío! —repuso ella al borde de un desvanecimiento.

—Pare ahí a la izquierda —sugirió él.

A duras penas Susan pudo conducir hasta la explanada indicada por Clayton, donde se levantaba una gasolinera y un bar-restaurante de carretera.

Allí quedaron parados. Ella apenas podía articular palabra.

—No... No puedo creerlo. Yo no sabía... ¿Están seguros? ¿No pueden equivocarse?

—En esto no, señorita —repuso el agente—. En cuanto a usted suponíamos que no estaba enterada.

—La verdad es que... no pude reunirme de veras con mi padre hasta después de cumplidos los siete años.

—Éstos son más o menos nuestros datos.

—De cuando yo era más pequeña ya no me acuerdo... Pero luego, al reunimos, ya no nos volvimos a separar y que yo sepa... nunca se metió en ningún lío. Vivíamos bien... Y en su trabajo.

¡Pregunten! Tiene toda la consideración...

—Desde luego.

—Entonces... ¿Cómo pueden sospechar que tenga tratos con enemigos de nuestra patria?

—¿Puede explicar usted por qué consiente en que todo el mundo le crea muerto?

—¿Eh?

—¿Y por qué esa marcha a Italia?

—No, no sé... No comprendo nada.

—Susan, debería ayudarnos... Puede que su padre no haga todo esto de una forma voluntaria. Tal vez se haya visto obligado...

—¡Dios mío!

—¿No puede ayudarnos, Susan? ¿O acaso no quiere?

—¡Claro que quiero! Haría cualquier cosa para ayudar a papá... ¿Pero qué es lo que puedo hacer? Todo esto es nuevo para mí... completamente nuevo. ¿Por qué no me dejan que vaya a reunirme con él?

—Varios compañeros nuestros están allí ahora. No sabemos lo que puede ocurrir. Es posible que no sea agradable...

—¿No me devolverán mi pasaporte?

—Sí, si me promete no intentar salir del país, al menos sin consultar conmigo. Le dejaré mis señas y mi número de teléfono. Ahora continúe usted su vida normal.

Le costó aceptar, pero al fin la muchacha comprendió que no tenía otra alternativa y aceptó.

El agente le devolvió el pasaporte.

—Ahora, sigamos. Le diré donde tiene que dejarme y usted, no lo olvide, haga todo con absoluta normalidad.

—Escuche, señor...

—Clayton.

—Señor Clayton... ¿Papá era uno de los... criminales de guerra?

—No se preocupe ahora de esto. Ha pasado ya mucho tiempo, ¿eh? Ande, siga conduciendo, por favor...

Susan no intentó marcharse lo cual, en principio, probó al comandante que la muchacha no pensaba huir por su cuenta, aunque se mantuvo su vigilancia desde el mismo momento en que Clayton la dejó.

Aquella tarde, deseosa de abrir su corazón a alguien, de pedir

consejo, de desahogar su angustia, habló con Vincent para explicarle la verdad.

—¿Servicio Secreto británico? Hummm... ¿Estás segura?

—Conocían los datos más inverosímiles. Deben tener un fichero completo de todo lo que ha hecho papá...

—¿Cómo se llama ese agente?

—Clayton.

—Hummm. Habría que averiguar si realmente pertenecen al Servicio Secreto.

—No puede tratarse de un engaño, Vincent. Estoy segura.

—Por si acaso te dejaré lo menos posible. Y confía siempre en mí. Pase lo que pase me tendrás a tu lado... —prometió el prometido de la muchacha.

Por su parte, Clayton, terminada la misión encomendada por el comandante se paseaba por su casa como un león enjaulado, hastiado, sintiéndose como preso porque él hubiese preferido estar allí en Cortina, y ver el desenlace de todo aquello.

Sin embargo...

Cuatro agentes del grupo del comandante Stanley llegaron aquella misma tarde en tren, procedentes de Milán.

Cortina

d'Ampezzo,

la gran estación invernal de los Alpes Dolomíticos, presentaba el magnífico aspecto de siempre, con la cabina aérea sobrevolando sobre la ciudad cargada de turistas deseosos de llegar hasta las cumbres nevadas.

Lo primero que habían hecho los agentes es indagar sobre el refugio llamado Tambor.

No fue fácil. Nadie parecía saber dar razón.

En una taberna, un tanto desmoralizados ya los agentes tras haber perdido dos horas preguntando, un viejo del lugar murmuró:

—¡Oh! ¡El Tambor! Esto está ahí arriba y señaló uno de los picos de la montaña... Pueden llegar con el aéreo. Pero no es un refugio... Es un paraje al que hace años se le llamaba así porque había una roca en forma de tambor que ya no está... Las erosiones la han modificado, pero los jóvenes no saben nada de esto...

Lloyd, que era quien capitaneaba a los otros tres compañeros

agentes, mientras el aéreo les llevaba al lugar indicado dio las instrucciones precisas, dijo:

—Vamos a ciegas, ignoramos lo que vamos a encontrar allí. Tenemos que andar prevenidos.

—¿Supones que puedan esperarnos? —inquirió uno de los compañeros.

—No sé... Hay algo raro en todo esto. No logro captar qué es concretamente, pero...

Observó el impresionante panorama desde la encristalada cabina del teleférico.

Uno de los compañeros de Lloyd rompió el breve silencio para dar su opinión:

—Un lugar llamado Tambor en una montaña famosa en la región... debería ser conocida, al menos de oídas... Y sin embargo, todo el mundo nos decía que no existía ningún sitio llamado así... Únicamente aquel viejo.

—Ya he pensado en ello —repuso Lloyd sin dejar de observar el panorama y los picos que iban aproximándose.

Las sospechas de los agentes se habrían confirmado de haber visto al viejo que les informó en la taberna de Cortina alejarse hacia un automóvil para cambiar unas palabras con el conductor que a su vez, a través de un emisor-receptor, comunicó con alguien para decir:

—Son cuatro. Han picado el anzuelo. Se dirigen hacia ahí con el teleférico...

La respuesta llegó de la cumbre.

—Mensaje captado. Gracias. No tardaremos en regresar.

El que había contestado al mensaje se reunió con otros dos individuos. Algo más atrás estaba el exoficial nazi Hans Winkel, conocido como William Laber.

—¿Por qué toda esta comedia? —preguntó acercándose a los tres hombres que le habían llevado hasta allí.

—Para completar la trampa contra el ingenuo comandante Stanley y sus no menos ingenuos agentes... que ahora vienen hacia aquí —sonrió el que parecía ser el jefe de todos.

—Escuche, Venow... ustedes me prometieron que todo seguiría igual que antes... Ahora yo estoy oficialmente muerto... ¿Cómo puedo volver a Londres? Esto ya no es posible...

—No, amigo mío. No lo es —sonrió el llamado Venow—. Porque el comandante y sus agentes saben quién es usted realmente.

—¿Por qué me engañaron? Dijeron que les bastaba con que yo les indicara el escondrijo de los documentos... —repuso Laber.

—Se trata además —declaró Venow— de engañar a los ingleses. Hemos montado esta comedia para desorientarles. Ellos saben que usted vive.

—¡No!

—Sí, mi querido amigo. Hemos hecho una farsa para que los agentes de Stanley caigan en la trampa, y hemos permitido que coloquen un micrófono en su casa para que de este modo pudieran saber que usted se dirigía hacia Cortina

d'Ampezzo.

El que hablaba hizo una pausa y observó a través de unos potentes prismáticos la marcha del teleférico que se estaba aproximando.

Luego prosiguió.

—Como usted muy bien nos dijo, esos papeles no están en Cortina

d'Ampezzo,

ni aquí existe ningún lugar llamado El Tambor... Pero «ellos» saben que ese nombre quiere decir algo y no han vacilado en caer en la trampa...

—¿Qué se propine exactamente, Venow? —inquirió el exnazi.

—Pues que crean que realmente los papeles estaban en algún lugar de esta bonita montaña.

—No logrará engañarles.

—Se equivoca, tengo un medio.

—¿Cuál?

Venow sacó un revólver y sus dos compañeros le imitaron. Las tres armas apuntaron a Laber.

—¿Eh? —preguntó el alemán retrocediendo.

—Cuando le encuentren muerto, comprenderán que han llegado demasiado tarde.

Laber iba a decir algo, pero Venow le hizo callar para siempre disparando.

El silenciador evitó que el estampido resonara en la montaña.

Laber cayó ensangrentado, el disparo a quemarropa le había

matado instantáneamente.

El tipo guardó el arma y murmuró:

—El teleférico se está acercando. Vámonos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Se alejaron rápidamente por separado. Dos de ellos llevaban cámaras colgando del hombro como si fuesen turistas.

Poco después descubrían el cadáver...

CAPÍTULO X

—Todo ha sido inútil. Nos han ganado la partida —murmuró Lloyd de nuevo en el despacho de *Sir John*.

Clayton permanecía presente y silencioso. Los otros tres agentes explicaron más o menos los pormenores de su estancia en el valle italiano.

—Puede tratarse de un asunto de anticipación —declaró al fin Clayton—. Ellos tenían que saber... Sabían que iríamos allí.

—¿Qué quiere decir? —adujo Lloyd— ¿que estaba enterado de que teníamos el teléfono de Susan Laber intervenido?

—Me temo que sí.

—¿Cómo pudieron saberlo? —terció otro de los agentes.

—Ahí está la clave del misterio —comentó Clayton pensativo—. Sólo los del grupo sabíamos lo del teléfono.

—¿No querrás insinuar que uno de nosotros...? —empezó Lloyd.

—No, no, pero quizá mis barbas no bastaron para desorientar a nuestros enemigos.

—Sobre esto creo que tengo algo que decir —intervino Stanley, para añadir—: Caballeros, les ruego que me dejen a solas con Clayton.

Se miraron todos entre sí. Estaban acostumbrados que en algunos casos, sólo uno de ellos era informado, quedando el asunto en el más estricto secreto compartido únicamente por Stanley y el elegido, pero en aquella cuestión todos deseaban «estar dentro», porque habían sido burlados y aspiraban a devolver el golpe. No asimilaban el fracaso.

Obedecieron al comandante cuando éste insistió:

—Por favor. Les llamaré en cuanto les necesite.

Y una vez a solas los dos hombres, Stanley invitó a Clayton a que se sentara.

—Yo estaba en lo cierto... —empezó el superior.

—¿Cuándo?

—En la misión que les encomendé mientras los otros se dirigían a Italia...

Clayton iba a decir algo pero Stanley con un ademán le atajó:

—Ya sé que piensa que usted hubiera podido hacer más allá que quedándose en Londres para hablar con Susan... Sí, sí. Todos sentimos a veces el prurito de que somos los mejores.

—Mis compañeros hicieron cuánto pudieron, pero algo ha fallado.

—¿Y no adivina de dónde procede el fallo?

—¿Susan?

—Bueno, si usted siguió mis instrucciones, Clayton, ella era la única persona fuera de nuestro grupo que conocía la verdad y cuáles serían nuestros planes.

—Sí, esto es cierto, pero...

—No hay peros. Puedo estar equivocado, pero de momento no tenemos otra hipótesis. Nuestra clave, de ahora en adelante, será Susan y habrá que extremar los medios para vigilarla. Usted se encargará de ello, pero hágalo de un modo..., digamos diferente. No le oculto que será ahora cuando va a enfrentarse con un peligro constante.

—Pero se supone que ellos ya tienen lo que buscaban.

—Clayton. Se supone que la fórmula del profesor Lashell, entregada al antiguo oficial de la SS. Winkel, fue escondida por éste en algún lugar... Cortina d'Ampezzo podía ser este lugar.

—¿Y cree que no lo era?

—He grabado la declaración de sus camaradas... Repasémosla... Hay algún punto oscuro, un cabo suelto. —Y el comandante puso en marcha el magnetófono donde se reprodujeron las declaraciones de los agentes, sus impresiones y sus andanzas por la cumbre italiana hasta descubrir el cadáver de Winkel, alias Laber.

—... *Fue bastante difícil dar con el lugar... —repetía la cinta metálica reproduciendo la voz de Lloyd—. Nadie conocía el lugar llamado Tambor...*

Luego, otro de los compañeros añadía sus dudas sobre si realmente existía un sitio llamado Tambor.

—¡Claro! —exclamó Clayton como si al fin hubiera dado con la clave.

El comandante sonrió.

—¡No existe este sitio! Lo inventaron para hacernos tragar el anzuelo —siguió Clayton.

—Sí, señor. Eso es lo que yo pienso —admitió el comandante—. Desde luego no tenemos ninguna prueba... Pero todo hace suponer que desde un principio han hecho las cosas para «enterarnos» de sus planes... Han montado una comedia, bastante bien urdida, y hemos estado a punto de caer en ella.

—¿Y para eso fue necesario sabotear un avión? ¡Cielos! ¡Qué gente!

—Es la colaboración pasiva de la masa. Necesitaban hacer desaparecer a Fedor porque ya no les interesaba y también al hombre que suplantó a Winkel para que, con sus documentos y equipaje, si se hallaban, creyera todo el mundo que había muerto... Todo el mundo, menos nosotros, porque en realidad supieron desde el primer momento que usted estaba al cabo de la calle de todo.

—Intentaron matarme.

—Apostaría a que sólo lo fingieron. Tenían que hacer la comedia bien hecha, Clayton...

—Así que... me permitieron robar la película sólo porque les interesaba...

—Exacto. Les interesaba que nosotros supiéramos que Laber era Winkel. A partir de ahí, el exnazi sería nuestro objetivo.

—El gancho.

—Eso es.

—Y nos llevaron hasta Cortina

d'Ampezzo

para representar la escena final.

—Sí, Clayton. Es lo que pienso y por esto le digo que el juego no ha terminado, pero ahora continuará sin comedias, y ahí está el peligro que va a correr desde ahora, porque si adivinan que no han conseguido engañarnos... ya no se detendrán en trucos de poca monta. Tirarán a matar.

—Acepto el reto —repuso Clayton.

—Sea juicioso. Ahora ya no podemos abandonar.

—Me pregunto si al final de todo esto, los resultados van a servir

para algo...

—Sí, Clayton, ésta es la cuestión... Una fórmula que tiene casi treinta años. Sin embargo, algún valor debe de tener cuando esa gente anda tras ella.

—¿Se sabe si... son rusos, por lo menos?

—Hay mezclada gente que había pertenecido a una de las ramas del servicio secreto soviético, pero han venido de nuevos, por todo ello nos conviene saber quiénes son y desarticular su eje. Luego les dejaremos trabajar... como siempre, pero teniéndoles controlados. Es el viejo juego.

—¿Puedo empezar ahora mismo, mayor? —preguntó Clayton poniéndose en pie.

—Ha empezado ya, Clayton. Y repito. Mucho cuidado —insistió *Sir* John Stanley.

CAPÍTULO XI

El objetivo era Susan y sólo había una forma de no perderla de vista y era el método directo, el que ya en otras ocasiones había utilizado Clayton.

Es evidente que a menudo la suerte juega un importante papel en las misiones tanto policiales como en las de espionaje y hay que contar con ella, en la misma medida que también hay que tener en cuenta los imponderables, los imprevistos.

En esa ocasión, el agente Clayton tuvo la fortuna por aliada, porque aquella misma noche Vincent, el acompañante de Susan, se despidió de la muchacha en la estación Victoria.

—No sé el tiempo que estaré fuera —decía Vincent— pero te escribiré todos los días desde París... o desde donde me encuentre. No puedo desperdiciar esta oportunidad en mi trabajo.

—Lo comprendo, Vincent. Buena suerte.

Consultó el reloj y murmuró:

—Hubiera podido esperar a mañana y salir con el avión, pero con la niebla, quizá mañana el aeropuerto seguiría cerrado y...

—Lo comprendo perfectamente, Vincent. Cuídate.

—Hazlo tú también, querida.

Faltaban tres minutos para las diez de la noche. El tren tenía la salida a las diez en punto para llegar a París-Norte a los 8,40 del día siguiente.

—Anda, sube.

—Te llamaré en cuanto llegue —prometió él besando a la muchacha cuando los altavoces daban ya el último aviso.

—Faltan treinta segundos para la salida del expreso Londres-París-Norte —advirtieron.

El agente Clayton estaba aguardando en el bar de la estación, atento a la salida del tren.

Cuando el convoy emprendió la marcha siguió con la mirada a

la muchacha, que tras permanecer unos instantes en el andén se dispuso a caminar en dirección a la salida.

Clayton se dirigió a su encuentro, sin barba, con su aspecto real.

—¿Me permite que la acompañe?

—¿Eh?

—Me llamo Clayton. ¿No me reconoce por la voz? ¿Prefiere que me ponga la barba y los postizos?

—¡Ah, es usted! ¿Me ha venido siguiendo?

—Pues no. Fui a despedir a un amigo y... la vi a usted. Por cierto. ¿Qué hacía, aquí? ¿Llega? ¿O ha despedido a alguien?

—Un amigo mío se ha ido a París.

—¡Ah, ya!

—¿Ha traído su coche?

—Sí.

—Estupendo, porque yo no tengo el mío. ¿Dónde lo tiene?

Estaban ya en la calle y el agente buscó con la mirada.

—No es necesario que me acompañe, señor Clayton.

—Es que deseo hacerlo.

—¿Es para... protegerme?

—Bueno, nunca está de más. Es ya muy tarde, pero me gustaría tomar una copa con usted y charlar.

—¿Sobre qué?

—Sobre su padre...

—¿Sabe algo de él? No he vuelto a tener noticias y...

—Sí, sé algo de él.

Consiguió que ella le dejara entrar en su apartamento y allí le dio la noticia.

—Ha muerto. Lo asesinaron en Cortina d'Ampezzo.

—Y esperó la reacción de la muchacha, que quedó como atónita, muda.

La reacción no se hizo esperar.

—¡Dios mío! —Ocultó el rostro entre las manos.

—Tome. Beba esto. —Y el agente le sirvió un *whisky* de una petaca que llevaba consigo.

Esperó a que Susan se serenase y volvió a la carga.

—Lamento tener que hacerle algunas preguntas, pero son necesarias... Sabemos que su padre ha sido víctima de un complot.

Nos lo pusieron como cebo para tendernos una trampa. ¿Qué sabe usted de todo esto?

—Por favor, déjeme... ¿Cree que yo puedo estar complicada en la muerte de mi propio padre?

—Complicada, no, pero de una forma directa ha podido... influir en... el desenlace.

—¡Váyase, señor Clayton...! —espetó ella—. ¡Váyase inmediatamente!

—Señorita Susan... —repuso él pacientemente—. Si usted no oculta nada puede verse también en un serio peligro. Le conviene ayudarme.

—Yo no puedo ayudarle de ningún modo. Por favor, déjeme ahora.

—Está bien. Me iré, pero volveremos a vemos. Ya tiene usted mis señas. Si cambia de opinión o recuerda que pueda sernos útil, no vacile en avisarme sea la hora que sea... En mi tarjeta tiene los números de la oficina y de mi domicilio particular. Por favor, Susan, éste es un asunto serio. Yo..., particularmente, quiero creer que usted está al margen, pero necesito su ayuda, su colaboración...

—¡Espere! —musitó ella.

—¿Sí?

—¿Qué desea saber?

—La gente con la que solía tratar su padre... No sólo en la oficina, sino sus amistades particulares.

—Mi padre no tenía muchos amigos. Es decir, no tenía. Vivía entregado por completo a su trabajo, cuando descansaba repasaba asuntos de la oficina o se entretenía leyendo, le gustaba mucho leer.

—¿No se reunía nunca con nadie?

—En casa, no.

—¿No le dice nada el nombre de Fedor?

—¿Fedor? —Ella vaciló.

—Haga memoria.

—Sé que... un día llamó por teléfono un hombre... Sí, creo que dijo que se llamaba Fedor, pero papá le citó en alguna parte, no lo recuerdo. Pero hace ya algún tiempo.

—Sí, lo sé. Y conozco el lugar de la cita —repuso el agente.

—¿Quién es ese Fedor?

—Ahora ya no es nadie. Murió en el accidente de aviación.

—¡Ah!

—¿Alguna otra llamada? ¿Alguna visita?

—No, no. Trato de recordar pero no...

—Está visto que Fedor fue el enlace, y una vez que ya no le necesitaron se deshicieron de él. Es su sistema y lo mismo han hecho con su padre y lo harán con todos los que les estorben. Cierre bien la puerta de su casa.

—Pero... ¿qué pueden hacerme a mí?

—Nada o mucho. Quizá de momento no, pero no se fíe. Mañana volveremos a vemos... Seré su acompañante, una cosa completamente normal. Ahora trate de descansar.

Sonrió amigablemente y la dejó.

Durante los tres siguientes días Susan y Clayton formaron una pareja inseparable. El la esperaba siempre, paseaban juntos, como si fueran dos buenos amigos de toda la vida y luego él la acompañaba a casa.

Su sentido de la observación le decía a Clayton que aquella muchacha no tenía nada que ver en absoluto con lo ocurrido. Vivía angustiada, ligeramente atemorizada. En suma, su aspecto era el de una muchacha que en plena juventud nada tiene que agradecerle a la vida y como si un fuerte desengaño la hubiese llevado a aquel estado abúlico, anodino.

No ocurrió nada especial, si bien alguien procuraba no perder de vista a la pareja.

Si el agente había advertido la presencia del espía o no, era cosa que no demostró en absoluto.

Y entretanto...

El Lago Constanza, frontera natural entre la Alemania Federal y el noroeste de Suiza, cercano al pequeño estado independiente de Lichtenstein, era, como siempre, punto de atracción de turistas.

El esquí acuático, la pesca, la natación, o el simple paseo en barca constituían las diversiones de todos los días.

No faltaban los buceadores que, provistos del necesario oxígeno, se aventuraban hacia las profundidades.

Sin embargo, no todos lo hacían con fines netamente deportivos.

Cuatro buceadores mostraban un interés muy espacial en recorrer determinada zona del lago en la parte Suiza.

Al cabo de largo rato de permanencia en el agua salieron y tras despojarse de los trajes especiales y librarse de las botellas de oxígeno, se reunieron en uno de los chalets cercanos al lago, siempre en la parte suiza.

Un par de hombres les estaban aguardando, uno de ellos era Venow, el asesino del exnazi Hans Winkel.

Uno de los buceadores sacudió la cabeza de un lado a otro mientras se frotaba fuertemente con una toalla.

—Nada. Absolutamente nada.

Venow buscó con la mirada a otro de los buceadores.

—Llevamos tres días intentándolo, pero lo que usted busca no está en este sitio. Puede que la corriente lo haya desplazado de lugar, pero hemos hecho un buen recorrido por la zona.

El compañero de Venow, otro de los que se hallaban presentes durante el asesinato de Winkel, murmuró:

—El alemán dijo que éste era el lugar... Pero pudo habernos mentido.

Venow asintió.

—Sí. Del mismo modo que nosotros burlamos a los ingleses... puede que Winkel haya hecho lo mismo con nosotros. Muy listo...

—Debimos haber contado con ello —repuso el compinche de Venow—. Te precipitaste al matarlo.

—¿Pretendes enseñarme mi obligación, Fadash?

—Sólo que...

—No olvides que yo soy el jefe de esta operación.

—¿Operación? ¡Bueno! Llámala como quieras, pero todos estamos metidos en esto...

—Está bien. Que sigan buscando, yo me reuniré con mi enlace en Londres... Si Winkel nos ha mentido queda alguien que puede conducirnos hasta lo que buscamos... Susan. Su hija.

Y Venow se levantó con una idea fija, dirigiéndose hacia el teléfono.

CAPÍTULO XII

El peligro que Clayton había aludido se estaba fraguando en aquellos momentos.

Venow, el jefe de lo que él llamaba «operación», no había tenido ninguna necesidad de ir a Londres para ponerse en contacto con el «enlace».

Le bastó dirigirse a Zurich.

El «enlace» llevaba un par de días allí, en un hotel de la ciudad suiza.

Venow, que ya le había llamado previamente, se reunió con él en el comedor del hotel a la hora de la cena.

El «enlace» era un tipo bastante conocido de todas las personas que de un modo u otro tenían que ver en aquel asunto.

Durante casi toda la conversación el cómplice de Venow hablaba tras un periódico que fingía leer. Su voz apenas sonó porque fue el recién llegado quién daba las instrucciones.

—Susan es la clave. Te encargo personalmente de ello. Tienes que conseguir los planos que buscamos.

—Bien —repuso simplemente el otro detrás del periódico inglés que fingía leer.

—En caso de que ella se niegue a hablar, suprímela.

—¿Y si no sabe nada?

—Tiene que saberlo. Winkel tuvo que confiar su secreto a alguien...

—O pudo haberlo destruido.

—No bromees. «Eso» no se destruye.

—¿Qué hacemos con Clayton? —preguntó el del periódico.

—¡Ah, sí! Al principio consiguió engañarnos con su muerte... Bien, conviértela en efectiva.

—Hummm...

—¿Por qué no? Será un rudo golpe para el comandante y a la

vez eliminaremos al único hombre que podría llegar a constituir un peligro.

—De acuerdo, Venow, regresaré a Londres y me encargaré primero a Clayton. Mi ausencia será una buena coartada por si las cosas se ponen mal.

La conversación cesó. Una sentencia de muerte había sido ya dictada, la del agente Clayton y posiblemente seguiría la de Susan Laber.

Mucho tenía que favorecerles la suerte a ambos para evitar aquel peligro inminente.

A la mañana siguiente, mientras los buceadores del lago Constanza seguían buceando, el avión de Zurich con destino a Londres había remontado el vuelo. A bordo, entre los pasajeros, llevaba un asesino. Al hombre que en principio iba a ejecutar a Clayton.

Clayton se hallaba en la oficina del comandante Stanley.

—¿Qué han averiguado del hombre que viene siguiéndonos? —preguntó el agente demostrando que ya había advertido la vigilancia de que era objeto.

—Nada de momento...

—¡Valientes compañeros tengo! ¿No se encarga Lloyd de él?

—No. Mandé a Lloyd al continente.

—¡No me dijo nada!

—¿Y por qué tenía que decírtelo? —inquirió el comandante—. Conque lo sepa yo basta.

—¿Es que ya no está en el asunto?

—No para de preguntar, Clayton. Lloyd ha ido a hacer unas averiguaciones sobre el terreno... para el mismo caso, ¿satisfecho? Y no se preocupe, sabremos quién es el hombre que les sigue, pero usted no se descuide, tengo la impresión de que este asunto está tocando a su fin.

—Descuide, aprecio mucho mi pellejo.

—¿Cómo van sus relaciones con Susan?

—Una muchacha realmente encantadora.

—No le pregunto por sus progresos personales...

—Ya, ya... Y sigo creyendo que ella está al margen de todo. No sabe nada. Su padre vivió muy reservadamente y es lógico que así fuera... Los antiguos criminales de guerra siguen siendo

perseguidos. Sabe que no puede descuidarse... Es decir, lo sabía.

—Bien. Siga andando con cien pares de ojos, Clayton.

—Sí, señor...

El avión de Zurich llegó a la hora prevista y entre los pasajeros continuaba el asesino en potencia, el que iba a convertirse en verdugo de Clayton.

No parecía tener prisa, y vestido como un turista entró en los lavabos, se aplicó un bigote bastante abultado, cambió su peinado para darle una forma distinta a la que era normal en él y se aplicó unas lentillas de contacto que cambiaban el color de sus ojos de una manera que le daban un aspecto completamente diferente al real.

Mientras, mediodía ya, Clayton y Susan almorzaban juntos en una cafetería cercana a las oficinas donde la muchacha trabajaba.

Ella le estaba hablando de Vincent.

—No. No estamos prometidos. El me lo ha pedido algunas veces pero he sido yo quien no se ha decidido.

—Quizá porque no está muy segura.

—Quería triunfar por mí misma. No tener que depender de nadie. Tal vez lo aprendí del tesón de mi padre... de sus enseñanzas...

—Bueno, particularmente prefiero a las mujeres libres —sonrió Clayton.

—¿Trata de cortejarme?

—Bueno. Era una broma... O no. En realidad me gusta usted, Susan... quizá porque coincidimos.

—¿En qué?

—En que el amor es algo pasajero y para atarse a alguien. Hummm, más vale disfrutarlo en su momento justo y luego...

—No me ha comprendido usted. No soy de esas... Quizá me crea anticuada, pero tengo un concepto distinto de la mayoría... Vivimos en la época de la promoción de la mujer. Falsa promoción, diría yo, porque cuanto más pugnan la mayoría por su libertad más dejan utilizarse como reclamo, como objeto... ¿No ve los anuncios? Yo deploro esto, y no me identifico con esta clase de libertad que explotan unos cuantos que fingen ponerse al lado de las reivindicaciones femeninas.

—Hummm. Toda una tesis. Da gusto oírla hablar —sonrió Clayton—. Siga.

—Se burla de mí...

Siguieron conversando, mientras algo trabajaba contra ellos. Contra él exactamente...

Con su disfraz, el «contacto» de Londres había alquilado una habitación en un hotel de la City.

En aquellos momentos, muy parsimoniosamente, seguro de su impunidad y casi con fruición estaba realizando unas extremas manipulaciones.

La mezcla de unos líquidos... luego su introducción en una jeringuilla, y por fin, con la jeringuilla a la que aplicó una aguja hipodérmica especial, la colocó dentro de un estuche y la guardó cuidadosamente en uno de sus bolsillos.

A continuación sacó un manojo de llaves, lo examinó y lo guardó también en el bolsillo, para salir seguidamente de su casa.

Clayton salía en aquellos momentos de la cafetería acompañando a Susan hasta su oficina.

El «contacto» se hizo conducir en un taxi hasta el domicilio de Clayton.

Se apeó y cruzó la puerta. Nadie pudo verle y así llegó hasta la puerta de la vivienda del agente.

Probó con las llaves que llevaba hasta dar con la que le franqueó la entrada de la casa.

Se dirigió directamente a la mesita donde Clayton tenía las botellas.

Whisky y ginebra, jugo de «lime», wodka y *brandy*, sin olvidar el jerez. Eran botellas a medio vaciar, algunas por estrenar, que había sobre el improvisado bar, amén de vasos usados y otros limpios en un estante superior.

—*Whisky* es su bebida preferida —murmuró, hablando para sí mismo.

Comprobó que a una botella le faltaba poco para vaciarse y bebió de ella sin utilizar vaso alguno hasta dejar menos de un dedo.

Entonces buscó una de las botellas por estrenar. La colocó delante de las otras y sacó el estuche que contenía la jeringuilla con la aguja aplicada al extremo.

Clavó la aguja en el corcho cubierto por el precinto de estaño y la hundió.

La aguja atravesó el estaño y la corteza de corcho y entonces el

«enlace», con dedos hábiles, presionó el émbolo de la jeringuilla mezclando el líquido contenido en ella con el *whisky*.

Tranquilamente tomó el frasquito en que llevaba la mezcla y volvió a llenar la jeringuilla.

Repitió la operación anterior con una botella de jerez igualmente por descorchar.

—Eso... por si se te ocurre tomar un jerez —sonrió.

Miró el resto de las botellas, dudó un instante y murmuró:

—Para empezar, ya está bien.

Minutos después abandonaba tranquilamente la casa sin dejar el menor rastro de su paso por ella.

Media hora más tarde, Clayton, tras haber dejado a Susan en su oficina, llegó a su casa y lo primero que hizo fue ir directamente a la mesa de las bebidas.

CAPÍTULO XIII

En aquellos momentos el agente Lloyd, íntimo amigo de su colega Clayton, se entrevistaba con el comandante.

—Hace apenas cuarenta minutos que he llegado, señor. Creo que lo que he descubierto es muy interesante.

—Hable, Lloyd, hable...

—Se trata de la Urraca y el Tambor...

—¿Lo consiguió por fin?

—Sí, señor —sonrió triunfalmente Lloyd.

Por su parte, Susan recibía una conferencia telefónica procedente de París.

Tomó el teléfono para hablar con Vincent.

—¿Has recibido mis postales? Te he mandado dos... No te he escrito porque mañana pienso regresar. Todo ha ido muy bien —informó el joven.

—Me alegro, Vint... Me alegro mucho.

—¿Ya ti? ¿Cómo te van las cosas...? ¿Has vuelto a hablar con tu padre?

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—¡Susan! ¿Estás ahí? No se oye muy bien... ¡Susan!

—Ya te contaré cuando vuelvas, Vincent...

—¿Te ocurre algo?

—Nada... nada —mintió ella.

—Bueno, pues hasta mañana. Iré directamente a tu casa porque ignoro a qué hora podré volver. Viajaré en avión, por supuesto.

Colgaron.

Susan comentó con su compañera de oficina.

—Era Vincent. Llamaba desde París.

—¿Seguirás saliendo con él? —preguntó la compañera.

—No sé...

—¿No prefieres más a tu... nuevo Boyfriend?

—Yo no tengo ningún Boyfriend... al menos en el sentido que tú das a esa palabra.

—Bueno... No te enfades... Es que te lié visto un par de veces con él... Es muy apuesto... ¿Cómo se llama?

—¡Oh! ¡Déjame en paz! —espetó Susan y volvió a enfrascarse en su trabajo.

También Clayton estaba llamando por teléfono. Había marcado un número y esperaba que le contestaran.

Entretanto, sujetando el auricular con la mejilla trataba de descorchar una botella de *whisky*... una botella que tenía la apariencia absolutamente normal, pero que con la espirituosa bebida había sido mezclada cierta sustancia que producía efectos inmediatos.

Al fin Clayton estableció contacto.

—¿Pete? ¡Aquí Clayton!

El que contestaba era el encargado de controlar las llamadas telefónicas que se producían en casa de Susan.

—No hay ninguna novedad, Clayton —repuso el aludido.

—Escúchame y deja esto ahora, necesito que hagas una conexión, ven a mi casa, te daré las señas de dónde tienes que ir.

—¿Tienes una autorización?

—No, no la tengo, pero no importa. Se trata de algo... digamos personal.

—Hummm.

—Anda, ven. Tomaremos un *whisky*... pon el automático por si acaso, aunque ahora no hay nadie en casa de Susan.

—De acuerdo. Vengo enseguida.

—A mi casa, ¿eh?

—Sí, sí, de acuerdo...

Media hora más tarde, uno de los técnicos del grupo estaba frente a Clayton, que momentáneamente parecía haberse olvidado de la botella. Pero al llegar el compañero le invitó:

—¿*Whisky*, jerez?

—Bueno, es temprano todavía, pero estoy seco. Dame un trago de esa botella. —Y señaló el *whisky*.

El agente la descorchó al fin y fue en busca de dos vasos. El técnico tomó la botella para mirar la marca.

—Humm —murmuró cuando Clayton regresó con los vasos—.

Compras *whisky* del caro...

—Es que soy un hombre sin vicios y en algo tengo que gastar el dinero...

Midió dos generosas raciones y puso el vaso delante del compañero, cuando éste preguntaba:

—¿Dónde hay que ir?

—Ahora te lo diré. Brindemos...

Levantaron los vasos.

Al ir a beber sonó el teléfono.

Cuando Clayton preguntó quién estaba al otro lado del hilo sonó la voz del comandante:

—¡Clayton! Quiero verle enseguida. Tengo noticias importantes.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sea impaciente. Se trata de su amigo Lloyd; ha confirmado algunas sospechas que tenía... ¿Cuánto tardará?

—Me tomo un *whisky* y vengo enseguida. Ha conseguido intrigarme. —Colgó y dirigiéndose a su compañero murmuró—: ¡El jefe!

—¿Crees que este asunto marcha como es debido? —inquirió Pete.

—Pues... Yo diría que sí. Ahora sabremos algo más.

—Bueno. ¿Me dices lo que tengo que hacer...?

Clayton tenía el vaso en la mano y lo soltó para exclamar:

—¡Oh, sí! Casi me olvidaba. Toma, ahí están las señas. —Y le entregó una nota—. En la casa hay un sótano donde está la calefacción y todas esas cosas, instala algo rudimentario, de quita y pon. ¿Comprendes? El número que hay que intervenir lo tienes anotado.

Volvió a aproximarse el vaso a los labios cuando Pete preguntó:

—¿Y a quién hay que vigilar ahora?

—¡Oh! No hagas preguntas. —Lanzó un bufido y dejó el vaso sobre la mesa diciendo:

—Bueno, si tengo que hablar con el jefe prefiero ir sin beber. ¿Vienes?

—El tiempo que vaya al lavabo...

—No puedo entretenerme. Cierra tú, de golpe. Hasta luego, Pete.

—¡Cuánta prisa!

—¡El jefe es el jefe! —Fueron las últimas palabras de Clayton al

dejar a su compañero.

Sir John Stanley carraspeó y se arrellanó en su butaca tras su mesa de trabajo.

Estaba a solas y Cleyton preguntó:

—¿Y Lloyd?

—Ha salido, pero dejó saludos para usted.

—¿Dónde diablos ha ido?

—¡A Italia!

—¿Otra vez?

—Sí. Pero no a Corina

d'Ampezzo...

Sino en la Costa

d'Amalfi,

entre Sorrento y Salerno... Hay un puerto pesquero... Vea esta foto. La mandó uno de nuestros colaboradores para saber si podía interesar...

El comandante le alargó una fotografía general del puerto de Amalfi y Clayton parpadeó:

—¿Qué tiene de particular?

—¡Oh, perdone! Ésta es una vista general... Esa otra es la que quería mostrarle...

Y la siguiente fotografía representaba una embarcación de pesca llamada...

—¡La Urraca! —exclamó Clayton.

—Exactamente... Lo de la Urraca y el Tambor fue transmitido a todos nuestros colaboradores y al fin uno de ellos, al ver el nombre, escribió lanzando un tiro al azar... pero no resultó tan al azar...

—¿Qué ha descubierto Lloyd?

—Una antigua trattoría que hoy, gracias al turismo, se ha convertido en uno de los hoteles más lujosos de aquella costa.

—¿Y qué?

—El hotel se llama Buona Sera Palace.

—Sigo sin entender el jeroglífico —repuso Clayton.

—Antes de llamarse Buona Sera tuvo otros nombres... Y durante la guerra...

—... No siga. Se llamaba Trattoria. El Tambor —sonrió Clayton.

—No exactamente, el nombre está de menos, pero como motivo

de adorno habían dibujado unos tambores imitando los que usan en las procesiones de Semana Santa, y algunas gentes que iban a comer allí la llamaban la trattoría de los tambores...

—¿Y qué papel juega la Urraca en todo esto?

—La Urraca que ha descubierto nuestro colaborador en Amalfi no tiene nada que ver con la otra, pero alguien quiso ponerle el mismo nombre, Vaya a saber por qué. El caso es que la trattoría de que estamos hablando servía pescado fresco, recién salido de la mar porque sus dueños tenían varias barcas y así ofrecían la mercancía directamente a sus clientes. Del mar a la mesa. ¿Le gusta a usted el pescado, Clayton?

—Huele bastante mal.

—El fresco le aseguro que no. Yo he comido buen pescado recién salido del mar. Le aseguro que vale la pena. Pero sigamos...

—Estábamos en que la Urraca era una de las barcas de esa trattoría.

—Exactamente. Un establecimiento con tambores pintados en sus paredes como decoración...

—Pero si supone que el secreto de Lashell puede estar allí. ¡Dios sabe dónde habrá ido a parar después de tanto tiempo!

—Tal vez no... Porque el hotel, el nuevo hotel que existe ahora allí, sigue asentado sobre las rocas y debajo hay una cueva, por donde pasaban las barcas hasta ir casi directamente a la misma cocina. Esto es lo que ha averiguado Lloyd en colaboración con el hombre de Amalfi...

—Y en esa cueva... —empezó Clayton.

—Esa cueva está ahora prácticamente inutilizada. Lloyd no pudo explorarla porque prefirió no despertar sospechas, nunca se sabe quién puede estar vigilando, pero sabe dónde está, y haciendo preguntas ha conseguido saber que se trata de un excelente escondrijo. En cualquier caso allí está el mar... Los alemanes de entonces eran muy aficionados a esconder cosas debajo de las aguas... No lo olvide...

—Pero una fórmula o los planos de un ingenio bélico de hace veintiocho años... No sé...

—Bueno, no estará de más echar una ojeada. Ya he dado las órdenes oportunas. Mañana un equipo partirá para Amalfi.

—¿Y yo?

—Le permito ir, desde luego. Pero esta vez no informe de nada a Susan... por lo menos hasta que hayamos descubierto algo positivo.

—De acuerdo, mayor. Estaré dispuesto. Y gracias por la deferencia.

—Usted ha llevado la mayor parte del caso, no es justo que le dejara al margen de este momento que puede ser culminante. Si tenemos éxito, como espero, entonces habrá llegado el momento de continuar con los otros y ponerles nuestra trampa.

—Me parece una excelente idea.

—Esta tarde vuelva con Susan si lo desea.

—Lo deseo.

—Pero, cuidado, siga manteniendo abiertos los ojos... Las mujeres siempre son peligrosas.

—Estoy vacunado contra ellas —sonrió Clayton guiñándole el ojo a su superior.

CAPÍTULO XIV

Clayton fue directamente a buscar a Susan y poco después marcharon juntos a casa de la muchacha.

—Mañana llega Vint —dijo ella.

—¿Quiere decir esto que ya no podremos salir juntos? —preguntó el agente.

Susan guardó silencio.

—Susan... No me importa que sigas pensando como lo haces... Ser libre es muy bonito, pero durante estos días yo... Bueno, creo que a veces las palabras sobran. ¿No te parece?

Ella se mostraba inquieta, indecisa. Clayton se aproximó rodeándola por la cintura. Susan le daba la espalda. El agente la obligó suavemente a volverse y la muchacha accedió.

Se encontraron frente a frente y se besaron...

Aquello fue el principio de algo... de un deseo mutuo, de la vitalidad que ambos no podían ocultar y que saltaba por sus ojos y bullía por los poros de sus cuerpos.

No se dieron cuenta de cuándo oscureció en la capital.

También ignoraban lo que ocurría en el exterior en aquellos momentos.

Allá en el parque, el hombre de seguridad, el «segundo hombre» del comandante vigilaba la casa desde el parque frontal a la casa de Susan.

Pero en aquellos momentos alguien se acercaba detrás del hombre —un agente del grupo del comandante— que cuando advirtió el peligro ya era demasiado tarde para conjurarlo.

Se volvió cuando una mano certera bajaba rápidamente hacia su cabeza golpeándola con un objeto contundente, seguro y silencioso, una porra de arena.

Un segundo golpe dejó al agente de vigilancia completamente inconsciente.

El «contacto» arrastró el cuerpo del vigilante para dejarlo entre la maleza.

Tras cerciorarse del silencio absoluto que reinaba en la calle continuó llevando a su presa hacia el estanque de aquel parque, y entonces, con la ayuda de una cuerda, ató al cuerpo del agente algunas piedras que decoraban los parterres.

Cuando hubo concluido la operación aproximó el cuerpo insensible del agente hacia el estanque, empujó y... esperó a ver cómo el cuerpo con el lastre desaparecía bajo el agua.

Pasaría algún tiempo antes de que pudieran descubrir el cadáver. Y el «contacto», tras cometer aquel asesinato para asegurarse de que nadie podría identificarlo cuando entrara en el edificio de Susan, volvió hacia la casa.

Clayton no tardó en salir, y las luces de las ventanas del segundo piso del edificio se apagaron.

El agente del grupo de Stanley echó una furtiva ojeada hacia el parque pensando que allí estaba el agente encargado de la vigilancia, pero no se acercó a él... De este modo no pudo comprobar que ya no había nadie vigilando. Muy al contrario. Porque allí había alguien, sí. Un asesino. Un asesino que esperaba entrar en la casa de la muchacha.

Clayton se alejó confiado. Ahora tenía plena seguridad en la muchacha. Y conforme a las instrucciones recibidas, no le había dicho nada del descubrimiento de Amalfi, pero esperaba volver a verla pronto... a pesar de Vincent... Estaba seguro de que la muchacha, tras lo ocurrido momentos antes, le preferiría a él. Se lo había demostrado con su entrega, muda confesión de un sentimiento verdadero que había empezado a nacer en lo más profundo del corazón de Susan.

Clayton tomó su automóvil para regresar a su apartamento.

Pero entretanto...

El asesino salía del parque en la impunidad de la noche. Un «cop» hacia su ronda avanzando hacia la casa. El asesino esperó oculto entre la vegetación de arbustos y setos perfectamente distribuidos.

Clayton, en su coche, marchaba ya con aspecto feliz. También presentía el final de aquel asunto, aunque ignoraba cuál iba a ser el epílogo.

En la noche londinense, cuando sólo quedan fuera de sus hogares los que han asistido al teatro, o quienes gustan de la vida nocturna, encerrada en los lugares a propósito para ellos, la circulación por las calles es fácil. No tardaría en llegar a su hogar. A su apartamento donde le esperaba una sorpresa...

Una botella de *whisky* o de jerez y... algo más.

El «cop» —policeman— de servicio, hizo su pasada por delante de la casa de Susan y el «contacto» salió de su escondite para cruzar la calle envuelta en una suave neblina.

Avanzó hacia la puerta de la casa y la abrió fácilmente a pesar de su mecanismo eléctrico que podía accionarse desde cada piso.

Una llave verdadera o falsa le permitió pasar al vestíbulo y allí comenzó a subir la escalera.

Sus pasos acompasados sonaban en cada escalón.

El agente estaba ya próximo a su casa, una manzana más, luego doblar a la derecha y...

El «contacto» había rebasado ya el primer piso y avanzaba por el tramo de escaleras que conducía al segundo.

Susan se había dado un baño y con la toalla arrollada a la cintura se dirigía a su dormitorio. Allí comenzó a ponerse el breve y transparente camisón que utilizaba para dormir.

El asesino... llegaba ya al rellano.

Susan se metió en la cama sin demasiado sueño. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz... Acaso, si aquello no era felicidad, consistía por lo menos en algo distinto, nuevo... algo no experimentado antes de entonces.

Pensó en Vincent... en la forma de decirle que era conveniente suprimir sus relaciones por el momento para darle tiempo a pensar...

El «contacto» estaba ya en su rellano. Sólo existía una puerta, la suya, la del apartamento de Susan y con sus pasos medidos y seguros avanzó hacia allí.

Era el momento en que Clayton bajaba de su automóvil para dirigirse hacia su casa.

Era el instante en que el «contacto» estaba ya delante de la puerta del apartamento de Susan.

Clayton cruzó el umbral de la puerta y caminó hacia la escalera. Con su estilo ágil subió de dos en dos los escalones, como solía

hacerlo siempre. Con dinamismo.

El «contacto de Londres» —el asesino— pulsó el timbre de la puerta de Susan y la muchacha se sobresaltó en principio.

Esperó unos instantes y el asesino volvió a hacer sonar el timbre.

Clayton abrió la puerta de su casa en aquel momento y dio el conmutador de la luz.

Todo estaba casi como él lo dejó. Había un vaso en el suelo, la botella de *whisky*... Se dirigió hacia el teléfono y marcó un número.

El «contacto» llamó por tercera vez a la puerta del apartamento de Susan, que poniéndose una bata avanzaba ya para abrir.

—Ya voy, ya voy... —dijo.

Clayton aguardó a que alguien contestase su llamada. Escuchó repetidamente el zumbido del teléfono y en espera se sirvió un vaso de *whisky*...

¡De *whisky*!

El teléfono seguía zumbando al otro extremo de la conexión sin que nadie lo tomara.

Mentalmente, el agente murmuró:

—¿Dónde diablos se ha metido, Lloyd? No hay forma de hablar con él...

Dejó el teléfono para dedicarse a beber aquel trago de *whisky* largamente esperado.

Era el momento en que Susan abría la puerta de su apartamento.

Parpadeó al reconocer a su visitante.

—¿Eeh? —murmuró desconcertada.

CAPÍTULO XV

El visitante de Susan amplió su sonrisa y desde la puerta dijo:

—Quise darte una sorpresa. He regresado antes de lo que pensaba.

—¡Vincent! —exclamó ella.

Sí. Era Vincent... El hombre llegado de Zurich, el que momentos antes había estado en el parque... pero ahora ya no llevaba ni las lentes de contacto, ni el bigote postizo, y sus pelos estaban peinados como solía llevarlos normalmente.

—No dejarás que eche raíces en tu puerta, ¿verdad? —sonrió él.

—Oh... Pasa, pasa... Pero... Es muy tarde. Estaba ya acostada...

—Tengo que hablar contigo, querida... Primero porque deseaba verte y después por algo... de vital importancia.

Cruzó la puerta y entró en el salón que tan bien conocía.

Ella permanecía indecisa, extrañada todavía por aquella tardía e inesperada visita.

—Bueno... siéntate y charlemos... No soy ningún fantasma. Me miras de un modo extraño. ¿Es que... te remuerde la conciencia por algo?

—¿Por qué dices esto? ¿De qué tendría que remorderme la conciencia? —espetó ella recobrándose.

Un sexto sentido le inducía a presagiar algo extraño en aquella visita. Pensó que se debía a la influencia de Clayton; no obstante, esa clásica intuición femenina seguía poniéndola en guardia sin saber exactamente de qué.

Vincent encendió tranquilamente un cigarrillo y murmuró:

—Hablemos de tu padre.

—¿Qué?

—Ha muerto.

—¿Cómo lo sabes? Los periódicos no han dicho nada.

—Pero tú, en cambio, te has enterado. ¿No?

—Sí, pero... ¡Vincent! ¿Qué significa esto?

—Que... si tú tienes amigos en un bando, yo los tengo en otro. El caso es el mismo, los dos vamos detrás de lo mismo.

—No te entiendo, Vincent... No me pareces el mismo.

—Mi querida Susan, no divaguemos. Ahora el asunto es serio y debes decirme la verdad... Es decir, debes confiar únicamente en mí... ¿No guardaba nada tu padre? ¿No te confió ningún secreto?

—No, no...

—Pero debió hacer algún testamento... Me gustaría echar un vistazo por tu apartamento...

—¡Vincent!

El se había levantado y la miraba de una forma a la que Susan no estaba acostumbrada.

—¡Vincent! —exclamó de nuevo.

—¿No dejas que registre esta casa? Creí que tenías confianza en mí... Si tú me ayudas...

—Es que no sé qué pretendes.

—Mira, Susan, no juegues conmigo. Hasta ahora creímos que era posible mantenerte al margen de todo, pero las cosas no han salido del todo bien. Tú eres la única que puede saber algo.

—Pero ¿de qué? ¿De qué me estás hablando, Vint? ¿Qué es lo que yo tengo que saber?

—Tu padre era nazi.

—¿Y qué? ¡Dios mío, Vincent, vete...! ¡Casi me das miedo!

—¿Miedo? Esto es sólo el empezar, querida... Nadie sabe que estoy en Londres. ¿Comprendes? Oficialmente llegaré mañana... Ya procuraré que alguien me vea para atestiguar el momento en que piso suelo inglés. Ahora sigo ausente... No pueden acusarme de nada de lo que haga... o pueda hacer. —Y Vincent avanzó hacia ella mirándola con ojos relucientes. Ella se sintió temerosa por vez primera.

No solía asustarse, pero ahora veía algo extraño en todo aquello, en la actitud de Vincent, en su forma de comportarse...

De mirarla...

Como a una presa...

—¡Vincent... por Dios! ¿Quién eres? ¿Qué buscas?

—El secreto de tu padre... El nos mintió... Dijo que había guardado «algo» en el lago Constanza, en el lado suizo, pero no es

cierto... Y tú debes saberlo... ¿No has oído hablar acaso de La Urraca y el Tambor...?

—No sé... No sé de qué me hablas...

—Tu padre guardaba un secreto... Despistamos a los ingleses haciéndoles ir a Cortina

d'Ampezzo,

pero tu padre nos mintió también a nosotros... ¿Comprendes?

—¿Nos mintió? Entonces tú... ¡Dios mío! Tú estás con los asesinos de mi padre...

—Tu padre ha muerto con unos cuantos años de retraso. Le hubieran ajusticiado en Nuremberg en el cuarenta y cinco... Ha vivido de propina.

—¡Vincent!

—Escucha, nena, he regresado dispuesto a saber la verdad. Tengo órdenes de acabar contigo si no me das los datos que preciso. Sé que lo sabes. ¡Tienes que saberlos! —Y la actitud de Vincent se volvió dura. Había perdido ya la sonrisa de su rostro y su expresión era ahora brutal, fría. Y no dejaba de avanzar hacia Susan cuya espalda rozaba ahora la puerta de salida.

Se volvió asustada intentando escapar, pero él se lo impidió apartándola de un manotazo de la puerta y cerrando con llave que se guardó.

—Nada de juegos. Se acabó. ¿Entiendes?

—¿No comprendes que yo no sé de qué me estás hablando?

—¿Guardas tus informes para Clayton? No confíes en él, si no ha muerto no tardará en hacerlo... en reunirse con tu padre.

Susan corrió hacia la galería, pero la encontró cerrada. No tenía salida.

Asustada y jadeante se acurrucó en un ángulo de la pared.

—Vamos, querida. Sé complaciente. La situación es sencilla. Si hablas, vivirás. Te doy mi palabra. Pero si no... —Sacó un revólver al que comenzó a aplicar un silenciador de forma paciente, torturante para la futura víctima.

Luego, tranquilamente, dijo:

—Voy a darte diez minutos de tiempo... Sólo diez. Si no contestas dispararé contra ti...

—Sólo te acercaste a mí para vigilar a mi padre... Es por esto, ¿verdad?

—Piensa lo que quieras.

—Eres despreciable, Vincent.

—No pierdas el tiempo insultándome. Sólo conseguirás acortar tu vida... —Y sin soltar el revólver consultó su reloj, añadiendo—: Los segundos corren, querida.

—¡Mátame ahora, si quieres! ¡Anda, hazlo! Aunque supiera algo no te lo diría... ¡No eres más que un asesino...!

—Has desperdiciado cuarenta y cinco segundos... Cuarenta y seis... cuarenta y siete...

Siguió con un ojo en el reloj y otro en la muchacha para decir al cabo de un silencio:

—Te quedan sólo nueve minutos. Utilízalos en tu propio provecho. Hazme caso...

CAPÍTULO XVI

El comandante llamó por tercera vez al domicilio del agente Clayton y nadie contestó al teléfono.

En la puerta que comunicaba al baño, y en la oscuridad del apartamento se silueteaba la figura de un cadáver.

Y el teléfono seguía sonando.

Stanley colgó y lanzó un bufido. Ante él, en su propio domicilio, se hallaba Lloyd.

—Puede que siga en casa de Susan. Inténtelo allí.

Stanley ya estaba marcando el número de casa de la muchacha.

El timbre del teléfono sonó cuando Susan seguía acurrucada en la pared ante la insistente amenaza del revólver de Vincent.

Al oír la llamada dudó. Vincent con el cañón del arma, le indicó:

—Tómalo... Pero ten cuidado... Una sola palabra, una sola llamada de auxilio y será lo último que pronuncies en tu vida...

El timbre aún repiqueteaba. Ella avanzó lentamente.

—¡Vamos, vamos! Y no lo olvides... Te quedan muy pocos minutos... Tres exactamente...

Susan procuró serenar su voz cuando contestó al teléfono. La voz del comandante sonó algo agitada al otro lado.

—Soy un amigo de Clayton... ¿Está en su casa, señorita?

—¿Eeh? —inquirió ella.

—Pregunto por Clayton. Usted le conoce, ¿no?

—Sí, sí... Pero no está... ¿Quién le llama?

Stanley no contestó a la pregunta, por el contrario hizo otra:

—¿Hace rato que se marchó?

—Pues... unos... diez o doce minutos —vaciló ella.

—Ya. Bien, bien...

—¡Oiga, oiga!

El comandante no fue más explícito y colgó. Colgó Susan también persuadida de que aquélla era la última oportunidad de

salir con vida.

Y su visitante se lo recordó:

—Has desperdiciado ocho minutos y medio, querida... No seas tonta... Confía en mí, podemos ser felices... Eso que andamos buscando vale mucho dinero... Muchísimo dinero...

—Son unas fórmulas que ahora carecerían de valor. ¡Han pasado casi treinta años!

—¿Quién te ha dicho esto? ¿El imbécil de tu amigo inglés? —sonrió cínicamente Vincent.

—De cualquier modo no sé nada... No prolongues esto. ¡Acaba conmigo de una vez!

—Me gusta cumplir siempre lo que prometo. Te di diez minutos... Te queda uno. ¡Vamos! ¡Habla! Tu padre tuvo que decirte algo... Mira, Susan... Este revólver no es un juguete. —Buscó un blanco. Eligió una luz de sobremesa y disparó.

No se produjo el menor ruido, excepto el de la lámpara al caer y la bombilla al estallar. Parte de la habitación quedó a oscuras y Vincent había patentizado la eficacia del silenciador.

Ella pasaba del espanto al terror pánico, no por la muerte en sí, sino por aquella angustiada y terrible espera... Por el mismo rostro asesino de su visitante, el hombre en quien unos días antes estaba segura de poder confiar.

Entretanto, en la casa de *Sir* John Stanley, Lloyd se mostraba impaciente.

—Es inútil esperar, señor. Algo ha ocurrido.

—Bien, Lloyd. ¡Vamos!

Los dos hombres salieron rápidamente de la casa. El coche del comandante estaba en la calle.

—Póngase al volante, yo hablaré por teléfono para pedir ayuda por si hace falta.

Lloyd puso en marcha rápidamente el «Rolls» de su superior.

En la casa de Susan el tiempo se había agotado.

—Han pasado los diez minutos que te he concedido, querida... Lo siento...

Y Vincent apuntó a la muchacha.

—Tienes todavía una oportunidad... Si no... tendré que disparar y llevar tu cuerpo hacia el río. Te hundirás allí y tardarán en encontrarte. Es una muerte estúpida por no querer colaborar.

Ella cerró los ojos, permaneció inmóvil, en pie, frente al diván, esperando su triste sino.

En la calle, lejos aún, Lloyd pisaba a fondo el acelerador del «Rolls». Mientras, el comandante insistía en lo urgente de su llamada.

—Necesito hombres en Cortnenay Street —era el domicilio de Clayton. Luego mencionó la calle de Susan Laber.

Lloyd seguía dando gas al coche que tomaba las curvas de forma temeraria aprovechando la calma nocturna.

Y en la casa de Susan el drama estaba a punto de consumarse... Como se había consumado también en el apartamento del agente Clayton. Porque allí, en el cuarto de baño, asomando ligeramente seguía el cuerpo inmóvil de un hombre... El cadáver de un miembro de la organización del servicio secreto que había tomado aquel *whisky*. Un *whisky* especialmente preparado por Vincent, el asesino.

El asesino que ahora iba a disparar contra Susan. Sin remedio.

El dedo del «contacto» se cernió sobre el gatillo.

El comandante y Lloyd estaban todavía demasiado lejos para llegar a tiempo de evitar el desastre.

—¡No seas terca, Susan! —espetó Vincent fuera de sí.

La única respuesta de la muchacha fue concisa, hecha sin apenas voz:

—Dispara, Vincent. Completa tu obra...

Y sonó el disparo...

CAPÍTULO XVII

Sonó el disparo sólo que... fue hecho desde el otro lado de la puerta. Dos balazos exactamente fueron los que sonaron. Dos balazos disparados sin silenciador.

El cerrojo saltó y apareció en el umbral de la puerta el agente Clayton.

Vincent intentó dispararle, acabar con él.

Clayton, más hábil, más ducho, o mejor preparado, se le anticipó logrando herir y desarmar a su antagonista que corrió hacia la parte trasera con ánimo de escapar por el balcón posterior.

Clayton le alcanzó de cuatro zancadas. Vincent se revolvió dispuesto a luchar, pero de nuevo la agilidad del agente se puso de manifiesto, con dos certeros golpes le descolocó materialmente para asestarle un buen gancho de derecha que le tumbó contra el diván que derribó con su caída.

Luego, medio aturdido, se levantó mientras Clayton le encañonaba con firmeza.

—¡Basta, Vincent! ¡Basta de tonterías porque estoy haciendo terribles esfuerzos para no acribillarle! ¡No es usted otra cosa que un mal nacido...! ¡Vamos! ¡Comience a hablar antes de que acabe mi paciencia...! ¡Los nombres de sus cómplices! ¿Para quién trabaja? ¡Rápido!

Y como Vincent dudó, el agente se acercó para abofetearle un par de veces con golpes sonoros, contundentes...

Vincent reculó afectado, humillado, dolido y completamente a merced de Clayton.

Cuando Stanley y Lloyd llegaron a la casa, Vincent todavía no había confesado todo pero sí había admitido que preparó el veneno que mató a... Pete...

Pete, el técnico en telefonía, adscrito al grupo de Stanley. Era el

que había muerto.

Clayton explicó:

—Esta misma tarde, momentos antes de que usted llamara, mayor, le había pedido que interviniera el teléfono de Vincent... Hacía tiempo que sospechaba de él... Pero últimamente llegué a la conclusión de que si Susan no sabía nada pudo, en cambio, haber confiado en él... Ella misma me lo confirmó en una de nuestras conversaciones... Por eso di la orden a Pete... El se quedó en casa mientras yo acudía a su oficina. Íbamos a tomar un *whisky* que yo no llegué a beber. El sí debió hacerlo...

Tras una pausa añadió:

—Esta noche, al regresar, llamé a Lloyd para hablar con él con respecto a la expedición de mañana. Entonces iba a beber cuando me di cuenta de aquel vaso caído en el suelo, al recogerlo no sé cómo fue... pero noté algo extraño, no sabía decirlo, me volví y vi parte del cuerpo de Pete asomando por la puerta del baño. Comprobé que estaba muerto... Debió sentir algún agudo dolor y debió ir al baño, allí tuvo tiempo de coger una de mis barras de maquillaje... —No era necesario que aclarase que algunas veces tenía que usar maquillaje teatral para desfigurar su rostro en alguna misión de servicio— y anotó en el cristal unas letras... que no pudo completar:

Whis...

—¡*Whisky*! El vaso, la muerte de Pete, todo me hizo sospechar. Sospechar que habían tratado de envenenarme. Entonces pensé en Susan, ella podía correr un gran peligro. Llegué hasta aquí y busqué al compañero encargado de vigilar desde el parque. No encontré ni rastro. Subí y... llegué a tiempo afortunadamente.

Susan estaba sentada en un sillón, anonadada, ausente.

El agente se aproximó:

—Yo estaba convencido de qué tú eras inocente, Susan... Pero tenía que continuar con mi misión que últimamente, más que nunca, fue la de velar por ti.

Ella asintió como una autómatas.

Lloyd, aproximándose a su compañero, musitó:

—Nosotros descubrimos que algo raro sucedía cuando Pete no pasó la información habitual. No estaba en su puesto, ni en su casa y tú tampoco respondías... Pero había algo más, el agente del

parque tampoco dio el parte habitual... Establecimos contacto con él. Es decir, lo intentamos, pero resultó inútil. Su transmisor no contestaba.

Stanley concluyó:

—Todo nos guiaba hasta esta casa, pero habríamos llegado tarde, para salvar a tan gentil dama —sonrió.

Ella no estaba para sonrisas. Clayton se ocupó de atenderla.

La parte violenta del caso había terminado, y Vincent fue apresado, pero quedaba el asunto de Amalfi y descubrir al resto de los culpables y conocer para quién trabajaban...

Amalfi, tres días después...

La exploración a la cueva subterránea bajo el nuevo hotel Buona Sera Palace pudo llevarse a cabo con la máxima discreción.

Trabajaban sobre seguro porque Susan había llamado desde Londres para comunicar con Clayton y decirle:

—Un notario ha venido a visitarme al enterarse de la muerte de mi padre...

La noticia se había publicado al fin de una forma escueta:

«Súbdito británico muerto en circunstancias no aclaradas en la cumbre de Cortina d'Ampezzo».

El notario, depositario del testamento del padre de Susan, le entregó una carta que Winkel le había confiado con el ruego de no entregarla más que en caso de muerte. La carta iba dirigida a Susan. Y en ella el exnazi relataba su vida, concluyendo con la revelación del secreto del que era depositario.

Y el párrafo final decía:

«... No existen tales documentos... Ciertamente que Lashell, antes de morir, habló de la Urraca y el Tambor porque éste fue mi refugio durante algún tiempo y él llegó a saberlo, como lo supieron también antiguos miembros del servicio secreto soviético. Fedor entre ellos... Sin embargo, yo no me refugié allí por casualidad.

»Necesitaba dinero para empezar una nueva vida y

allí “lo había”. Yo sabía que lo había porque algunos personajes del “Reich”, por su propia cuenta y haciendo uso de su poder, habían escondido algo muy valioso bajo aquellas aguas. Se trataba de un cargamento de oro que pensaban recuperarlo si las cosas iban mal... Yo también quería ese oro para rehacerme, pero no podía confiar en nadie más que en mí mismo. Anduve buscando, buceando bajo las aguas, pero no tuve suerte y al final desistí.

»Tú sabes que llegué a encontrar un buen empleo y entonces preferí olvidarme de un oro que tampoco era mío. Tuve miedo hasta de denunciar su escondrijo a las autoridades británicas, al fin y al cabo no pertenecía a nadie. Ahora, hija, tú sabes mi secreto. Haz lo que creas conveniente...»

La carta todavía seguía, pero lo importante estaba allí.

El equipo especialista de hombres ranas lograron dar con dos cajas ocultas bajo una subcueva en las profundidades. No era de extrañar que con el paso de los años nadie hubiera dado con ellas. Habría sido necesario, en principio, sumergirse por la cueva situada debajo la antigua trattoría.

Ahora sí... Los hombres ranas extrajeron las cajas...

Stanley, de noche, hizo transportarlas a un chalet que había alquilado y comprobó delante de Clayton y de Lloyd su contenido.

—Bueno... Más o menos en dinero actual puede estimarse en unos tres millones de libras, lo cual no está mal. Ahora ya sabes por qué era tan importante para esos «agentes». A propósito, tengo que averiguar qué han conseguido en Londres con respecto a Vincent...

Vincent, buscando la forma de salir lo mejor librado posible, confesó:

—Venow es el jefe... Pero ya no trabajaba para el servicio soviético... El y unos cuantos lo hacen por su cuenta. Hace años que iban detrás de este dinero... Tal como ustedes consiguieron averiguar... Fedor fue quien descubrió a Winkel.

—¿Y por qué mezclaron al profesor? —preguntó el comandante.

—¿A Lashell? Bueno... Porque otro exagente sabía que el escondrijo de Winkel era en ese sitio de Amalfi... Pero cuando

fuimos allí, Winkel ya no estaba y tuvieron que pasar años, antes de que Fedor volviese a dar con él... en Londres.

—O sea... que nunca imaginaron que el tesoro pudiera estar en Amalfi.

—No... Creímos que seguía oculto en alguna parte, a menos que Winkel lo hubiese rescatado, pero todo hacía suponer que no...

—Ya me extrañaba a mí que por un secreto de treinta años antes tomaran tanto interés... ¡Ni siquiera trabajan para una potencia! ¡Únicamente para sus bolsillos! ¡Qué mundo, Señor! ¡Qué asco de mundo supermaterializado! —masculló *Sir* John Stanley.

EPÍLOGO

En cierto modo, Clayton también pensaba en la materia, pero no en su aspecto metálico. Pensaba en Susan, y allí estaba, con ella, en un club a orillas del Támesis, en el lugar más tranquilo que habían podido encontrar.

Habían pasado ya algunas semanas y la policía internacional había dado muestras de eficacia al detener en Francia a determinados sospechosos encabezados por un tal Venow...

Precisamente un periódico traía la noticia y Clayton la estaba leyendo.

—¿Es... el asesino de mi padre? —preguntó ella.

—Seguramente que sí —repuso el agente.

—¿Y cómo ha intervenido la policía en esto?

—Porque al no tratarse de un asunto de espionaje, el mayor pasó la comisión a Scotland Yard y el Superintendente cuidó de transmitir la orden de arresto contra Venow y los demás a la Interpol... Veo que ya han conseguido capturarlos...

Ella quedó pensativa... recordando sin duda que era la que más había perdido en aquel «affaire».

Clayton arrojó el periódico a un lado.

De un tocadiscos sonaba una musiquilla con aire romántico. Algo que parecía arrancado de otra época.

—Susan... La vida es hermosa aunque a veces nos parezca un asco...

—Escucha esto. Es bonito... ¿Quieres bailar?

Quizá ella no tenía demasiadas ganas, pero necesitaba olvidar, y en todo caso la protección de un hombre fuerte, de un hombre de verdad... Y Clayton lo era. Bailaron.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

